

CARLOS SILVA VILDOSOLA

32525

FRAY ANDRESITO

en la tradición santiaguina

Edición Popular

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE



ADVERTENCIA

Este libro no ha sido escrito para edificación de las personas inclinadas a la piedad. Tampoco es un trabajo histórico para investigar la vida del célebre lego de la Recoleta Franciscana de Santiago tan popular en Chile con el nombre de Fray Andresito y venerado como santo.

El autor sólo se propuso evocar la tradición que oyó en su niñez y presentar el cuadro de la popularidad de Fray Andresito que le ha interesado durante muchos años como uno de los singulares fenómenos de la psicología de nuestro pueblo. Para ello ha debido recordar el ambiente social en que el Siervo de Dios vivió. Y en cuanto a la materialidad de los hechos de su vida, se ha fiado de sus biógrafos: el Padre Villarroel, que lo conoció y admiró mucho; el Padre Uteau, que hizo el libro más completo; el Presbítero Marchant Pereira,

cuyo opúsculo es el mejor escrito de todos; y el pequeño libro del Padre Bustos, sin duda el mejor encaminado a difundir la veneración de Fray Andresito.

Se usan aquí las palabras santo, santidad y milagro en el sentido que se les da en la conversación ordinaria, no en el que tienen para la Iglesia Católica cuando ha hecho declaraciones sobre un hombre con fama de santidad. La Iglesia no se ha pronunciado sobre Fray Andresito. No ha hecho hasta ahora más que autorizar un proceso de beatificación y canonización cuyo estado actual ignoramos.

Pero este libro es ante todo obra de emoción, de afectos en que se mezclan una honda simpatía por la personalidad de Fray Andresito y admiración de sus virtudes, con el recuerdo de horas dolorosas en que la sombra del limosnero de la Recoleta, compasiva y benigna, ha cruzado nuestra propia vida.

LA TRADICION

La madre ponía junto al lecho del niño enfermo la imagen del «mochito» encerrada en un marco de lata como los que usan los ciegos mendigos para sus permisos. El rostro de la imagen no atraía al niño. Era rudo, tosco, cabeza mal dibujada en una litografía grosera. Tenía los cabellos revueltos caídos sobre la frente. Pero los ojos obscuros y profundos, redimían la vulgaridad de la cara y le daban una expresión de misterio; la boca de labios delgados añadía un acento de voluntad. Fray Andresito tenía en una mano la alcancía del limosnero y en la otra la imagen de Santa Filomena coronada y con una palma sobre el pecho.

La madre lo había conocido cuando iba por las calles de Santiago pidiendo limosña para sus pobres y haciendo milagros. El hijo solía dormirse oyendo el relato de los prodigios: muchos niños curados con solo tocarlos Fray Andresito con la manga de su hábito franciscano, ciegos que recobraban la vista al paso de sus dedos humedecidos en saliva; predicciones del futuro; castigos del cielo sobre los que se burlaban del santo limosnero; anuncios de su propia muerte hechos a sus amigos.

La madre lo increpaba severamente si el niño no mejoraba pronto: «Mochito, mejórame al niño. Mira que si te portas mal no te doy un chico y te pongo boca abajo; y si me lo sanas, te enciendo una vela de las grandes y te voy a dejar una limosna para el altar de Santa Filomena». Y entre el sueño y la vigilia, amodorrado por la fiebre, el niño creyó oír a veces el diálogo de la madre con Fray Andrés, ella arrodillada junto a la cama, el mocho en su marco de lata, pero muy agrandado y con relieves de persona viva.

En las noches de invierno en torno del brasero, mientras se asaban los piñones, la mama Mercedes contaba otras historias de Fray Andresito, otros milagros, cuando se levantó tres palmos sobre el suelo mientras hacía oración y cuando los hombres que lo querían apedrear quedaron con los brazos rígidos suspendidos en el aire. La mama Mercedes era muy niña cuando fué una vez con su madre al Vía Crucis en el Cementerio siguiendo desde la Recoleta a Fray Andresito que iba delante con una gran cruz negra.

En cada casa, en cada rancho, en cada cuarto de conventillo había una de estas imágenes. Gentes que no sabían de fijo quién era el mochito, qué había hecho en este mundo, lo invocaban en las enfermedades, le pedían que ayudara a los viandantes cuando iban por caminos donde había bandidos, le encendían velas para que lloviera tras de larga sequía o para que cesaran los temporales que estaban arruinando las siembras. Una vez cogieron a un salteador de caminos que se había acriminado con muchas muertes y antes de morir le dijo al cura en la capilla de los condenados que nunca había dejado de rezarle tres avemarías a la Virgen del Carmen y un padrenuestro a Fray Andresito. Y por eso se salvó y el ánima de este hombre es muy milagrosa, decían en la Montaña de Chillán donde el niño pasaba los veranos.

Quedose la imagen flotando en el fondo del alma del niño unida al recuerdo de la madre para siempre ausente. Si la angustia lo oprimía o apuraba el dolor físico, con poca fe, pero confiando en que la madre se entendería con el mochito allá en el cielo donde se habían reunido, el adolescente pedía, y con pedir estaba menos solo y esperaba más y luego olvidaba.

Había pasado los veinte años cuando el Arzobispo Casanova inició el proceso de beatificación de Fray Andrés García, religioso donado de la Recoleta Franciscana de Santiago. Hubo gran ruido en torno de este nombre. Los periódicos publicaron sus hechos, sus prodigios, el portento de la conservación de su cuerpo y su sangre líquida por muchos años después de su muerte. Un orador ilustre hizo su elogio fúnebre.

Las gentes más escépticas decían: «Era un lego caritativo. Mi padre lo conoció y decía que andaba muy mugriento y pedía para los pobres y se condolía mucho de los niños enfermos. Pero nada tenía de extraordinario». Y el pueblo invadía el templo y llevaba limosnas y pagaba mandas y decía: «¡Era santo! Podía sanar a los enfermos y predecía el porvenir, y sabía lo que

estaban pensando los malos, y Dios lo oía, y Santa Filomena hacía milagros cuando él se lo pedía».

El claustro de la Recoleta era entonces muy pobre; sus corredores enladrillados y de postes medio ruinosos sostenían la techumbre de coligues y tejas en torno de unos patios con arbustos floridos. Mas allá había un huerto viejo y señalaban el punto donde antes estuvo la celda del Siervo de Dios, y en el antiguo panteón de la comunidad el sitio donde lo enterraron al borde de una acequia antes de que sus restos fueran transladados a la Iglesia. Mostraban los frailes a algunos curiosos o devotos los retratos del limosnero, el frasco sellado con su sangre líquida, su hábito gris, su gran sombrero, el bastón, los míseros muebles de la celda, unas cajuelas que fabricaba para entretener sus descansos de la mendicidad en las calles y la oración.

Y todo el convento estaba lleno del recuerdo de Fray Andresito, y miles de gentes del pueblo y señoras principales y hombres doctos acudían, unos en abierta demanda de auxilio o peregrinación de gratitud por favores alcanzados, otros furtivos y como temerosos de ser sorprendidos en sus relaciones con el mochito.

Con los años el fervor no decreció. Se multiplicaron las imágenes y medallas, se pintaron cuadros con episodios de su vida, se instaló en la portería del convento una especie de Museo de sus reliquias, hubo alcancías especiales para las limosnas destinadas a procurar su beatificación o a cumplir promesas.

Y ahora mismo no es posible entrar a la Recoleta Franciscana sin ver a cualquiera hora hombres y mujeres de rodillas en torno de la tumba de Fray Andrés en la nave del lado del Evangelio junto al altar de Santa Filomena. En los días domingos o cuando se celebra alguna de las fiestas del Siervo de Dios, la muchedumbre aumenta al punto de que es imposible acercarse a la reja de bronce que rodea el sarcófago; unas mujercitas con niños en brazos dejan flores y las figuras recogidas, doloridas, exultantes de esperanza, risueñas de gratitud, se doblan delante de aquel mármol blanco que guarda lo que queda del cuerpo que envuelto en un sayal gris iba por las calles mendigando.

Muchas veces nos hemos detenido a mirar

el espectáculo de la tumba de Fray Andrés García. Resucitan los recuerdos de la niñez; evocamos a la madre que creía; sentimos la fuerza contagiosa de la fe popular respirada en el aire de la ciudad y del campo, entre los pobres y los que sufren.

Un milagro se nos presenta. Este hombrecito venido de unas islas perdidas en medio del Atlántico, sin cultura humana, apenas capaz de leer y escribir, sin refinamientos, humilde y silencioso, de difícil expresión verbal, feo y desaliñado, primitivo hasta en su concepto religioso, ha logrado entrarse en el recuerdo del pueblo y apoderarse de la imaginación y el sentimiento de varias generaciones y sigue siendo el taumaturgo que obra prodigios y el intercesor que obtiene de la Divinidad consuelos, favores, salud, amparo.

Todo lo material y exterior era pobre en Fray Andresito. Su espíritu mismo no tenía medios brillantes de expresión ni en la palabra ni en las ideas. Nada ha dicho, nada ha escrito que nos cause asombro o nos mueva a admiración. Y fué en vida una figura popular amada por todos, y derramó consuelos y obró beneficios. Y hasta hoy, sin que el número disminuya y antes bien en número creciente, miles de personas de todas las condiciones lo invocan, le confían sus dolores, sus negocios íntimos, y esperan de él que interceda y obtenga un nuevo curso para sus afanes.

¿Qué era este hombre? ¿Qué se sabe con alguna precisión de su vida antes de venir a Chile y durante su paso por esta tierra donde dejó su mezquina envoltura mortal y el enorme recuerdo de su personalidad y la fe indestructible en su santidad?

Ternezas de la niñez, visiones de la madre piadosa, obsesión de un culto difundido contra todas las leyes humanas que presiden a la formación de los héroes, curiosidad literaria de analizar el que se adivina un carácter y una voluntad fuera de lo ordinario, gratitud engendrada en diálogos silenciosos de horas de angustia en que juntos acuden el franciscano y los ausentes que nos amaron y nos siguen invisibles en la peregrinación ya muy larga. Todo obró en nuestro espíritu para tentarnos a escribir sobre Fray Andresito y conocer su vida y contar la historia mezclada de prodigiosa le-

yenda que rodea su nombre. Y si no resultare de aquí nada que mueva a mayor devoción, ni cosa alguna que consuele a los que van con el fardo de sus angustias y necesidades a rezar en la tumba del limosnero, quedará al menos otro testimonio de una supervivencia espiritual robustecida al cabo de ochenta años después de la muerte.

El caso de Fray Andresito, luminoso y evidente para el que cree, desconcertante para todo el que sin creencias lo examina de buena fe, debe ser expuesto con honradez, pero no puede serlo sin amor. Hay en él tanto elemento de dolor humano, de inocencia, de caridad, que despojarlo de su emoción, sería falsearlo.



EL PASTOR DE FUERTE VENTURA

De incertidumbre, pobreza y abandono debieron ser los primeros años del siglo XIX para algunos de esos pequeños fragmentos del imperio colonial español olvidados en las soledades de los mares. Mientras en la península temblaba el trono y asomaban por encima de los Pirineos los hijos de la revolución, los españoles y criollos de América incubaban sus anhelos de independencia al calor del descontento por la administración de un imperio demasiado vasto para ser bien gobernado desde una metrópoli asaltada por agudos problemas internos.

Pero en las islas Canarias, posesión española más vieja que la América, sólo se experimentaban las penurias económicas de aquel comienzo de siglo atormentado y doloroso. Y apenas si se sabía del mundo al otro lado de los mares en la pequeña isla de Fuerteventura, una de las más humildes del grupo, habitada entonces por unos dos a tres mil habitantes.

Pobre era entonces y pobre sigue siendo la aldea de Casillas del Angel en el sureste de la isla de Fuerteventura y paupérrimo el «pago» o caserío de Hampuyenta donde tenían sus tierras los García y al cual Casillas servía de centro parroquial. Garcías y Acostas eran la mayor parte de los habitantes de aquel rincón. Estos últimos de mayores pretensiones aristocráticas que los otros, sin desdeñarse y antes bien con uniones frecuentes entre las dos familias. Y así se formó el hogar de Gabriel García y Agustina de Acosta y hubo que aguardar para bendecir el matrimonio la licencia pedida al Obispo de Las Palmas en la Gran Canaria porque los novios eran parientes y Gabriel hijo de Luis y de Manuela de Acosta.

Los valles fértiles y los cerros cubiertos en la estación de las lluvias de hierba que pacían los ganados, los frutos de palmeras y de plátanos, los huertos de otros árboles introducidos de España desde los comienzos de la colonización de la isla, daban para comer sin estimular inmo-

derado afán de riquezas. La vida era estrecha, tranquila, encerrada en el cerco aldeano, con noticias tardías e incompletas del mundo exterior, raras visitas de algún barco que fondeado en las aguas muy transparentes y tranquilas del pequeño puerto, pedía agua y víveres; y sin más emociones que la muerte de un vecino, el anuncio semi-fabuloso de algún acontecimiento europeo, nunca bien comprobado; y en cada generación la visita de un obispo en apostólica ronda por las islas de su diócesis.

La casa de Gabriel García y Agustina de Acosta era de las buenas de Hampuyenta. Anchos muros de adobes con piso bajo donde estaban la cocina y los cuartos obscuros para guardar útiles de labranza y cosechas, y piso principal con las habitaciones. Gabriel la había ido ensanchando a medida que le nacían hijos, y estos, a la usanza de su raza, venían cada año, no siempre con su pan debajo del brazo, como reza el proverbio, pero siempre bien recibidos como don del cielo.

Cuando el 10 de Enero de 1800 nació un varón, ofrecióse para apadrinarlo el presbítero Don Antonio María del Castillo, porque los García eran gente allegada a la Iglesia, limosneros cuando podían, fieles cumplidores de los mandamientos, prontos con sus diezmos y primicias, grandes devotos de Nuestra Señora de los Dolores a cuyo altar consagraban promesas y mandas, y nunca dejaron de hacer la hora de camino de Hampuyenta a Casillas para ir a misa y a los oficios de las grandes fiestas.

El ahijado del señor Presbítero del Castillo recibió en la pila de manos de Don José Ramón Velásquez, teniente cura de Casillas del Angel, los nombres de Andrés Antonio María de los Dolores. Y era este el que empujado por una sucesión de hechos providenciales había de ser en Chile Fray Andresito.

La religiosidad de la familia García no se perdió con los tiempos ni se debilitó en edades menos iluminadas por la fe. Muchos años después todavía se halló en Casillas a Manuel, sobrino de Andrés el futuro fraile, y se supo de él que tenía varias hijas monjas.

Hay una densa sombra en torno de la familia de Andrés García. Ni él habló jamás de los suyos, ni se hallaron de ellos muchos rastros cuando su celebridad indujo a sus cronistas primitivos a buscarlos en Fuerteventura. Los lazos se habían roto. Las tribus de García y de Acosta dispersado. El cura de Casillas, que en 1893 dió copia de la fe de baustismo de Andrés, se llamaba Don Pedro Arbelo y García, pero no se confesó pariente y acaso no lo era, que a serlo se apresurara a declararlo con honra, pues ya el hijo de Hampuyenta era llamado «Siervo de Dios» y tenía fama en América.

Tal vez corrieron García y Acosta la suerte de tantas familias labradoras que, azotadas por las crisis y penalidades de España y sus colonias durante el siglo anterior, venían a menos, se extinguían por emigración de los varones más fuertes y sanos, caían en miseria y en un como vergonzante olvido voluntario de un pasado menos mezquino. Entre los hombres que se fueron a América y las mujeres que se hicieron monjas, la familia de Andrés había desaparecido casi por completo medio siglo después de su muerte.

Las investigaciones sobre el origen de Fray Andresito se iniciaron demasiado tarde. Y carecían de puntos de partida en los datos que él mismo hubiera podido dar o en cartas que hubiera recibido de sus parientes de Fuerteventura. Andrés García era un silencioso. Por humildad, por timidez, porque de seguro no atribuía importancia alguna a su persona y sus antecedentes, ni una sola palabra suya nos queda, ni escrita ni hablada, que se refiera a su pasado en la isla. Hombres que lo conocieron en la intimidad de las relaciones espirituales, que fueron sus directores como el Padre Echanagucia y el célebre presbítero Castro Barros, el Padre Infante y el Padre Pacheco, tampoco dijeron cosa alguna. Si algo hubieran sabido, se hubieran apresurado los que le sobrevivieron, a declararlo después de su muerte cuando va rodeaba el nombre de Fray Andresito, enorme popularidad y aureola de santo.

Si los García y Acosta eran, como parece, gente acomodada de su aldea y propietarios rurales, alguna educación debieron dar a Andrés. Esta no pudo ir más allá de la escuela de primeras letras de su pueblo que en el primer cuarto del siglo XIX debió de ser muy elemental. Sabía leer y escribir y era aun aficionado a libros de piedad.

De cierto se sabe, y esta es una de las escasas tradiciones que de él quedaban en la isla a la fecha de las investigaciones del Padre Francisco Julio Uteau, uno de sus biógrafos y panegiristas, sin duda el primero que empleó algún método para averiguar de dónde había venido el Siervo de Dios, es que Andrés pasó su niñez y parte de su adolescencia cuidando los rebaños de su padre. Es el destino común de los hijos de pequeños labradores.

Andrés García ha vivido una infancia al aire libre, pastor de cabras en las colinas de Fuerteventura. La naturaleza de la isla, pedazo desprendido del Africa desierta, fragmento del Sahara fecundado por las sales marinas y los vientos del Océano, fué madre de su espíritu e infundió en él esa vaga ansia de poesía que nunca perdió y que se tradujo más tarde en su necesidad de dar forma de versos a sus pensamientos.

Ha vagado, ha subido a las alturas para mirar el mar muy azul, dormido bajo el sol de los trópicos, ha descendido hacia el valle verdegueante donde asomaba al caer la tarde la casita blanqueada, y el viento le traía el eco lejano de la campana de la iglesia llamando al Angelus como un lamento «que parece llorar el día que se muere».

Influencia del medio religioso en que había nacido, obra de la madre devota y refugiada en el supremo idealismo de la fe religiosa, tendencia de su carácter concentrado y profundo con necesidades interiores cuya única satisfacción eran allí los fervores piadosos, es también cosa averiguada que desde sus días de pastor Andrés García buscaba en Dios, en la Virgen María, en los santos, en la oración y en la penitencia una satisfacción de su alma y una regla de vida.

Sin duda en su casa se leían vidas de santos como en todos los hogares españoles de aquellos tiempos y de otros mucho más cercanos al nuestro. Andrés tenía imaginación y guardaba dentro de su memoria viva de aquellos héroes cuyo ejemplo se le proponía. La ambición infantil, a falta de otros horizontes más humanos y más utilitarios desde puntos de vista terrenales, debió ser la santidad. Pero esta no se alcanza, decían las vidas de los santos, sino con mortificaciones y oración. El pastorcillo de los rebaños de los García y Acosta oraba apartado de sus compañeros. prefería sus visiones extra-

terrenas a los juegos, y creyéndose sin duda un gran pecador al examinar su conciencia de niño, sometía su cuerpo a mortificaciones. ¿Acaso no era este el camino por donde habían llegado a tanta grandeza los héroes cuyas vidas gloriosas oía leer en el hogar y cuyas fiestas magníficas celebraba la Iglesia con pompa majestuosa y esplendor de flores, de luces, de incienso y de vasos y paramentos de oro y pedrería?

Así vieron sus amigos de infancia y juventud que Andrés se arrodillaba para orar en medio del campo todo lleno para él de la presencia divina, como un templo maravilloso que el mar lejano hacia infinito y llenaba de poderosos acentos. Y para ofrecer al Dios severo y escudriñador de conciencias que su tradición de raza le había enseñado, un dolor propiciatorio, se arrodillaba sobre espinas que había cortado de los matorrales.

Había en Andrés un apóstol. Cuando la piedad religiosa prende como una fuerte planta en el alma de un muchacho y mata en ella las aspiraciones terrenas y logra producir el vencimiento de las pasiones, la voluntad se fortifica y viene una necesidad imperiosa de propagar, de invitar a otros al áspero sendero que conduce a la gloria. Andrés, dice la tradición recogida en fragmentos, solía reunir a sus compañeros de la aldea y con ellos rezaba las alabanzas de la Virgen María.

Acaso más de una vez este concentrado, este silencioso, este niño y joven castigado dentro de si por su propia voluntad de negarse todo placer material y toda satisfacción terrena, ha visto al caer la tarde, en el breve crepúsculo rojizo de su isla, una blanca figura de mujer que venía a su encuentro con un niño en los brazos, y en el rostro divino una sonrisa que el pastor tomaba como el premio inmerecido de sus penitencias y sus ruegos.

Si en su isla hubiera habido conventos, si la condición de sus padres se lo permitiera, Andrés hubiera sin duda pedido refugio en un claustro contra la vida del mundo que nunca se acomodó con sus ansias de perfección espiritual y su profundo misticismo espontáneo y primitivo. Pero es seguro que sus padres lo necesitaban. La pobreza aumentaba en la isla. Revoluciones y guerras peninsulares, la pérdida de las colonias de América y las guerras de la Independencia, la

miseria y anonadamiento que siguieron en Europa y en casi todo el mundo a la tormenta napoleónica, el aplastamiento de España por el poder naval británico, habían producido en las Canarias y con mayor fuerza en la pequeña isla de Fuerteventura, gran postración de los espíritus y mucha necesidad material. Escaseaba el dinero, bajaba el precio de los pocos productos. la tierra maltratada por años malos y por falta de brazos y de renovaciones, apenas daba para comer poco. Gabriel García no era ya joven y sus hijos mayores, casados unos, emigrados otros, no ayudaban a sostener el hogar de Hampuyenta. Andrés tenía en las labores de la tierra paterna un deber religioso y un empleo para sus energías. Voluntarioso, firme en los propósitos como siempre fué, su juventud y sus primeros años de madurez fueron consagrados a esta obra generosa: amparar la vejez de los padres y defender la tierra de las hipotecas, de las sequías, de las pestes.

Fuerte en su interior, armado contra la tentación de las pasiones, confiado en sus oraciones y en la eficacia de sus penitencias, ayunos y cilicios, azotes y espinas, para vencer la carne y

merecer el favor del cielo. Andrés García debió crecer muy indefenso en la vida práctica. Su inocencia, que solía hacerlo aparecer como un simple, cuando no lo era, sino hasta sagaz y buen conocedor de los hombres, su hábito y gusto del silencio, su humildad y apartamiento del trato ordinario de las gentes, le estorbaban el ejercicio de los negocios humanos. En sus manos, más hechas para juntarse alzadas al cielo que para cerrarse apretadas sobre un montón de monedas, la hacienda paterna no podía prosperar mucho. Andrés jamás tuvo lo que se llama hoy el sentido práctico, excepto en los negocios relacionados con la religión, y esto, años más tarde. No estaba armado sino apenas para ganarse el pan trabajosamente.

En tanto, los hombres emigraban de Fuerteventura y de todas las Canarias. Al otro lado de los mares sonreía la visión americana. Comenzaban a nacer Montevideo y Buenos Aires, y los relatos de viajeros y las cartas de los que ya habían partido hacia las tierras de la esperanza sin límites, hablaban de llanuras tan grandes como el océano, cubiertas de yerba, fecundadas por lluvias abundantes y bendecidas por un sol generoso; hablaban de países donde no se pagaban contribuciones, no había límites para señalar las propiedades y los ganados innúmeros pacían libres y semi-salvajes en pampas infinitas sobre las cuales por las tardes se hundía el sol en la verdura como acá en el mar.

La tribu de los García y la de los Acosta había comenzado el éxodo entre los años de 1820 y 30. Ya estaban en Montevideo entre el 30 y el 40 Margarita García y su esposo del cual no queda nombre en la carta que a ellos se refiere; Guillermo García, primo de Andrés, con su mujer; la familia de Agustín García a quien la carta llama padrino de Andrés y sin duda lo fué de confirmación. Y así otros parientes y amigos.

La muerte de sus padres en una fecha que los biógrafos no han podido precisar, pero que se puede suponer entre los años de 1830 y 32, decidió a Andrés a emigrar. Lo empujaban la necesidad, la ruina de la hacienda paterna, de la cual pocos años después no quedaban ni rastros, un pleito de que hay indicaciones vagas en alguna carta recibida por Andrés en América y que tal vez era uno de esos en que acaban devoradas todas las fortunas decadentes, la penuria de un

país cargado de contribuciones para cuyo pago ya la tierra no alcanzaba a dar frutos suficientes, y el llamado de los parientes de Montevideo aliviados ya en las tierras nuevas y libres.

Los vientos que arrastran a la humanidad por sobre la superficie de la tierra siempre soplaron del oriente hacia el occidente. Siempre hubo una grande esperanza del lado donde se pone el sol. Viento que mueve semillas de pueblos, gérmenes fecundos, hojas secas que sólo cambian de pudridero. Hambres, ambiciones, sueños, mirajes engañosos, engendran éxodos y transforman la faz de la tierra. Así la penuria de su tierra insular, la insatisfacción de su espíritu y quién sabe qué esperanzas de un mundo mejor llevaron un día a Andrés García a la cubierta de un barco velero que iba a pasar muchos días en las calmas del equinoccio y a recalar batido por el pampero en la abierta e inospitalaria rada de Montevideo.

La mentalidad de los hombres nacidos en islas y con varias generaciones criadas en ellas, es de ordinario concentrada y reflexiva. El insular se hace un mundo pequeño que le parece todo el mundo. Pero al mismo tiempo tiene en el océano la tentación constante de ir a ver que hay al otro lado y la ilusión de que más allá de las ondas y de su canto de sirenas la vida sonríe, hay más justicia, más libertad, menos durezas.

EMIGRANTE

Dos viajes hizo por mar Andrés García: de las Canarias a Montevideo y de este puerto a Valparaíso. En ambos se quejó de haber recibido malos tratamientos de los marineros y sufrido con el espectáculo de sus vicios y su lenguaje grosero y blasfemo.

Viajaba en barcos veleros y ni entonces ni ahora se han distinguido las tripulaciones por su lenguaje pulcro ni por sus hábitos de rigurosa moralidad. Y es fácil entender por qué concluían por tratarlo mal. Andrés era y siguió siendo un inocente, un hombre que pasados los 30 años, cuando venía de su tierra a América, lo ignoraba todo del mundo y se había educado a si mismo, en algo más que en la simplicidad de las costumbres de una aldea perdida en el fondo de una isla solitaria: en las disciplinas de un verdadero

ascetismo, prácticas religiosas y temor perpetuo de ofender a Dios de palabra, pensamiento u obra. Su personalidad, su manera de conducirse con las demás gentes, sus hábitos de vida, su expresión en lo poco que hablaba, el hecho mismo de sus silencios en que parecía estar ausente, todo debió prestarse, primero al asombro de los marineros, luego a su burla, por fin a sus pesadas bromas y malos tratos.

Por primera vez en su vida conoce Andrés García a bordo de la barca que lo lleva a Montevideo seres humanos que usan como exclamaciones gruesas blasfemias, expresiones injuriosas contra Dios y la Virgen María. Y en su candidez sincera y su fervor profundo, él, que sólo da importancia real a las cosas del otro mundo y vive para servir a la Divinidad en sus formas aparentes y en las invisibles que su espíritu creyente le revela, siente la revuelta indignada contra lo que debe parecerle el infierno desatado sobre la tierra.

Andrés teme que aquel barco frágil entregado sobre las soledades del océano a la misericordia de Dios, se hunda por divina disposición para castigar tanta maldad y perezcan todos sin con-

fesión y sean todos pasto de las llamas del infierno. Cuando en las noches los marineros jugaban con sucios naipes en el castillo de proa y contaban historias obscenas y lanzaban juramentos blasfemos, Andrés debió pensar muchas veces que los gemidos del viento en las jarcias eran chillidos de alegría de los demonios preparados ya para coger todas esas almas perversas. Y oraba en un rincón apartado, oraba por ellos y por sí mismo y mientras más lo veían apartarse y entregarse a sus rezos y lecturas de libros de piedad, mayores debían ser las burlas y más se convertía el canario en un objeto de antipatía y de sarcasmo.

Ni es extraña la tradición según la cual al estallar una tempestad de esas que el golfo de Santa Catalina tuvo siempre para los navegantes de la costa brasilera, los propios burladores del pasajero beato, le rogaron pidiera a Dios por sus vidas amenazadas. Y Andrés oró y la tempestad se apaciguó y el barco maltrecho por el temporal llegó al puerto.

Porque esos mismos marineros que juran y blasfeman y gozan groseramente con relatos indecentes y emplean de costumbre un lenguaje que el campesino de Fuerteventura nunca había oído y tienen costumbres que no había imaginado, y hacen para los días de licencia en el puerto proyectos que debían parecerle nefandos, esos mismos marineros son creyentes, son supersticiosos y poseen siempre, allá en la tierra natal, santuarios a los cuales van con los pies desnudos a dejar una vela rota, un pedazo del mástil tronchado por el rayo, un modelo del barco que salvó milagrosamente de la tempestad por intercesión de la Virgen.

Y de ellos, seguramente hombres de su propia raza española, recibió Andrés García su primera lección de mundo, dura, antipática, tan dolorosa que nunca la olvidó y largos años después solía hablar de estos días como de dura prueba.

Su vida en Montevideo tiene obscuridades impenetrables. Como para averiguar su infancia y juventud, para aclarar lo que hizo en la capital del Uruguay durante los primeros meses de su residencia hay gran dificultad. Personaje tan humilde no ha dejado huella en la memoria de otros hombres sino desde el día en que llegó a un convento de franciscanos. Y como nunca habló y antes rehuyó siempre ocuparse de su

vida, ésta nos resulta como esos ríos que aparecen de trecho en trecho y se pierden en la tierra para volver a aparecer y a hundirse de nuevo antes de salir con grueso caudal a vaciarse en el océano.

Ni aun conjeturas son posibles sobre la acogida que le hicieron sus parientes García predecesores en la emigración. ¿Encontró en ellos un primer apoyo para iniciar su vida? ¿Habían ellos mismos conseguido ya abrirse camino y podían ayudarlo siquiera en la orientación?

Los tiempos eran poco propicios. La Banda Oriental, nacida apenas a la vida independiente, estaba convulsionada. Guerrillas recorrían sus campos. Caudillo's se sucedían en el gobierno. Y entre las revoluciones propias y las que en ese lado del Plata se fraguaban para ir a estallar en Buenos Aires, no había por entonces en Montevideo mucha paz, ni seguridad personal, ni estabilidad en los negocios.

Andrés García debió echar de menos muchas veces la paz de Hampuyenta donde, si la vida era mezquina y menguada la pitanza, había al menos la serena monotonía falta de luchas, de choques de ambiciones y homicidas impulsos. En

su isla nadie se disputaba el mando ni había memoria de que un hombre hubiera tomado violentamente la vida de otro.

Se puede suponer que fué algún sacerdote quien le sugirió el primer medio de vivir que halló en Montevideo. Andrés debió acudir pronto a una iglesia para confesarse. El viaje en aquel velero tripulado por los que a él le parecían agentes del infierno, debió producirle la necesidad urgente de descargar su conciencia y ofrecer comuniones por las almas entregadas al demonio. Y acaso fué el confesor quien le facilitó los medios de ir por las calles vendiendo libros devotos.

No era un oficio, ni se podía esperar de esta piadosa buhonería gran provecho pecuniario. Pero era un medio de ocupar el tiempo y costearse el alojamiento y la comida. Además, tal corretaje debió parecer a Andrés García cosa entre espiritual y temporal puesto que, si las pequeñas comisiones de la venta de devocionarios, novenas, vidas de santos y catecismos podían darle lo indispensable para vivir, con sus andanzas por la ciudad, ofreciendo esos libros, acaso muchas almas hallarían la salvación en la

lectura y prácticas piadosas allí aconsejadas y descritas.

No era, por cierto, Andrés García el inmigrante que al cabo de pocos años acumula dinero y comercia y crea industrias. De seguro tampoco buscaba eso. En su alma, vuelta más hacia las plácidas regiones de la vida espiritual que del lado de las humanas luchas por el poder que da el dinero, había una serena resignación con los que él sabía designios de Dios, una aceptación anticipada de todo dolor o privación, una esperanza cierta de que todo esto de acá abajo no era más que un paso breve hacia lo mejor y definitivo.

Extraña conjuración de circunstancias la que trae a América agitada y tormentosa, revuelta y anhelante, sacudida por convulsiones sangrientas entre gritos de libertad, a este personaje cuyo único deseo es la quietud, cuya sola ambición es conseguir el cielo después de sufrir en la tierra.

Han pasado para él los ensueños de la primara juventud. Tiene 32 o 33 años. Todas las indicaciones revelan que su ascetismo, sus ansias de perfección espiritual y su fervor religioso no se han enfriado en la transplantación a América. Andrés García paseaba por un mundo hostil un alma que había sido enviada a la tierra con algunos siglos de retraso. Era un inocente, un pobrecito de Dios, y hubiera merecido encontrar por esos caminos a los primeros frailes mendicantes que seguían a Francisco de Asis. Ellos lo hubieran entendido y acogido como a uno de los suyos.

VIDA- ATORMENTADA E INCIERTA

Mientras no se publiquen testimonios capaces de aclarar el misterio del alma de Andrés García, serán un secreto las razones que tuvo para no acogerse a un convento en Montevideo, donde había varios, y más tarde para no hacer profesión religiosa.

Analizado el conjunto de su vida con los pocos elementos disponibles para juzgar su psicología íntima, es evidente que el hijo de las Canarias tenía, además de una voluntad enérgica fortalecida por el constante vencimiento de sí mismo, un gran instinto de independencia personal. De él dió pruebas aun cuando vivía sometido voluntariamente y sin votos religiosos formales a la regla franciscana.

Se nos figura que en aquellos años de Montevideo han debido pelear formidable combate en el espíritu de Andrés García, vendedor de libros piadosos por las calles de la ciudad, su fuerte deseo de un abrigo para defenderse del mundo y entregarse a sus fervores místicos, y esa viril tenacidad para conservar su libre arbitrio ante los hombres. El isleño era un individualista y sólo el convencimiento de que hacía con ello la voluntad de Dios y avanzaba en el negocio de su salvación final, podían inducirlo a renunciar a su libertad completa. Más tarde debía entregarla al servicio de una casa religiosa, pero no sin algunas reservas.

Tampoco es posible olvidar que los tiempos eran malos para la vida conventual, no sólo por las convulsiones políticas, sino también por la relajación general de las comunidades. Basta el testimonio de documentos numerosos, algunos de ellos informes secretos enviados al gobierno español, como la célebre «Noticia de América» de Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, para saber que en el siglo XVIII los conventos de América habían perdido su disciplina y fervor. La revolución de la Independencia, la desorganización de la jerarquía eclesiástica y las guerras civiles que siguieron, no eran favorables para

remediar esos males que sólo fué posible comenzar a combatir en la segunda mitad del siglo XIX cuando estos países se organizaron políticamente, hubo paz y pudo la Santa Sede ejercer con mayor eficacia su autoridad en América.

Sin temeridad se puede juzgar que Andrés García, dotado de un sincero fervor religioso, ya avanzado en años y en el sentido de la vida interior, lector de vidas de santos y de seguro muy en especial la de San Francisco de Asís, debió sentir en el fondo de una conciencia inocente, que no estorbaba un juicio sagaz de todas las cosas y todos los hombres y antes lo aguzaba, el contraste entre lo que él anhelaba y lo que veía, entre lo que había leído y lo que se ofrecía a sus miradas en los conventos de Montevideo.

Fué menester que cruzara su vida un hombre superior al cual lo llevó un instinto de verdad y de sinceridad. Dió Andrés García con un franciscano español, el Padre Felipe Echanagucia, nacido en Viscaya en la villa de Cizurguiel, vasco austero y con experiencia del mundo, hombre de letras y de virtud.

Echanagucia entra en la vida de Andrés García como el confesor, el confidente, el amigo

íntimo, que había de decidir el porvenir del joven emigrante. Todos los testimonios que nos han llegado sobre el carácter, inteligencia y cultura del Padre Echanagucia concurren para probar que era un hombre distinguido bajo todos conceptos; y es revelación de lo que bajo sus apariencias obscuras y su rudeza había en Andrés García el hecho de que este religioso le cobrara grande afecto y fuera su amigo y compañero desde el día en que aquel se arrodilló por primera vez a sus pies para confesarle sus pecados.

El retrato del Padre Echanagucia nos da la imagen de un vasco de rasgos finos, cara alargada, nariz fuerte, labios delgados casi femeninos por su buen dibujo, grandes ojos bondadosos y frente amplia y noble. Es el retrato de un caballero y de un hombre inteligente y bueno.

No vivía el sacerdote vasco en el convento franciscano de Montevideo sometido a la regla de la comunidad, sino como «morador» o huésped. Había salido años antes de España en una de las periódicas supresiones de conventos y confiscación de sus bienes que fueron parte indispensable de las revoluciones en la península

durante esos tiempos tormentosos y siguen siéndolo en los nuestros.

Vino al Perú y se consagró a las misiones entre los indígenas como miembro del famoso Colegio de Ocopa. Tuvo el título de Misionero Apostólico lo que le daba libertad para elegir la provincia franciscana a la cual quisiera incorporarse. En Montevideo, a donde vino por razones que ignoramos, no se había incorporado. Vivía en el convento como morador y se sabe que no estaba bien satisfecho de las condiciones en que la Orden se hallaba en aquella república.

Fué, sin duda, el Padre Echanagucia quien aconsejó a Andrés García que se acogiera al convento franciscano de Montevideo. Y en él fué aceptado en una fecha que no ha sido posible establecer con fijeza, pero que se puede situar entre los años de 1836 y 37, tres o cuatro después de su arribo a Montevideo.

Sea por voluntad propia, por consejo de su amigo Echanagucia o porque así lo dispuso el superior de la comunidad, sólo se le dió el hábito en calidad de hermano Donado. En el ejército creado por San Francisco de Asis comienza la jerarquía por la Orden Tercera compuesta de seglares, de hombres y mujeres que viven en sus ocupaciones de su estado civil y pertenecen en espíritu a la gran colectividad, observando ciertas prácticas y sometiéndose a alguna autoridad de un director espiritual. Grado intermedio entre los hermanos terceros y los legos que profesan y entran a hacer vida conventual, es el de los Donados, que sin profesar ni hacer votos, libres de permanenecer en la casa común o de irse de ella, ocupados en menesteres humildes, pero moralmente ligados a la Orden, visten el hábito y siguen las prácticas regulares de la comunidad, como los rezos en común, la obediencia a los superiores, y el espíritu general de la vida franciscana.

Andrés García nunca pretendió pasar de Hermano Donado. Parece verosímil que más de una vez, cuando ya su espíritu franciscano estaba bien probado, su virtud despertaba admiración en todos y sus servicios a la Orden eran notorios, se le ofreciera y facilitara la profesión religiosa. Nunca la quiso. ¿Hubo en él sólo humildad perfecta o sentido vigoroso de su independencia individual y hasta temor de no avenirse con el sometimiento absoluto que los votos le impondrían

respecto de la Orden y de sus superiores? Lo extraño es que más tarde se sometió a cuanto podía exigírsele a un profeso y, salvo el ministerio sacerdotal, practicó todo lo que un fraile menor está obligado a hacer. Pero nunca dejó de ser hermano Donado.

Le dieron la función de limosnero. Debía ir por las calles mendigando para el convento, para los gastos del culto, para la mantención de la comunidad. Era un oficio duro en aquella ciudad que nunca fué muy dada a religiosas disciplinas, puerto de mar bullicioso, y población heterogénea y cosmopolita, capital turbada por frecuentes agitaciones políticas, centro de codicias comerciales y de atrevidas ambiciones, donde ya germinaban audaces ideologías renovadoras y muy alejadas de los místicos pensamientos de Andrés García.

Pero el hermano Andrés sintió gran felicidad al recibir de manos del Guardián del convento el hábito franciscano. Podía, por fin, vivir según los ideales que había concebido desde la niñez, pasar largas horas en el coro rezando en comunidad, oír misa y comulgar todos los días, dejarse dirigir por un sabio confesor a quien le era posible consultar a cada paso, vivir en una celda y entregarse a sus mortificaciones corporales, ayunos y cilicios. Las andanzas del limosnero le ofrecían ocasiones continuas de padecimientos y lo ayudaban en su negocio de la salvación del alma propia y de las de sus prójimos.

Era su vocación. Tal como mendigaba años después en Santiago de Chile, avezado ya a la tarea, tal mendigaba en Montevideo al iniciar su carrera franciscana. Si le daban limosna, agradecía y murmuraba en su lengua poco suelta bendiciones para los donadores. Si se la negaban, seguía su camino mascullando plegarias. Si además de rehusarle una limosna se burlaban de él o lo insultaban, no profería una queja o protesta ni siquiera parecía darse cuenta de la ofensa.

Es lástima que no se haya recogido mayor número de hechos ocurridos durante esta iniciación del Hermano Andrés en el oficio de limosnero del convento. Poco hablaba de sí mismo, pero el Padre Echanagucia, su amigo íntimo, debió conocer muchos y era hombre cultísimo que pudo escribirlos, convencido como estuvo siempre de que el Hermano Andrés era un ser de elección y tenía todos los caracteres de un santo.

De entre los escasos episodios de Montevideo hay uno que el propio Andrés refirió más tarde y que sin duda ha sido preservado por la tradición a causa de su carácter pintoresco. El limosnero llegó un día a las puertas de una carnicería donde, seguramente, no había disposiciones amistosas para los frailes. Le animaron los perros, y perseguido por ellos Andrés siguió su camino. Pocos días después, como en busca de padecimientos, volvió a presentarse en el mismo sitio. Uno de los carniceros cogió un palo o una herramienta y le dió en la cabeza un golpe que lo echó al suelo aturdido. Cuando Andrés contaba esta aventura, parecida a otras muchas que le ocurrieron terminaba siempre dando gracias a Dios que le había proporcionado tantas ocasiones de hacer méritos para llegar al cielo. Llegaba a la «perfetta letizia» de que habla una página maravillosa de las Fioretti

Algunos de los biógrafos colocan en esta época de la vida de Andrés la tradición no confirmada por documento o testimonio digno de fe que nosotros conozcamos, pero escuchada muchas veces en nuestra niñez, del asalto de unos peones que, llamándolo ocioso e hipócrita, lo persiguen con intención de apedrearlo, pero sus brazos quedan rígidos suspendidos en el aire hasta que el limosnero, invocando a su Padre San Francisco, obtiene de Dios que los perdone. Y agrega la tradición que el Hermano Andrés explicaba el prodigio diciendo que el Seráfico Patriarca no quería que su hábito fuera ultrajado de aquel modo.

Bien comprobado aparece que el Hermano Andrés tuvo poco después de su ingreso al convento conflictos con el Guardián que le había dado el hábito. Sobre este punto no hay discrepancia entre los biógrafos y es evidente que debió referirlo el Padre Echanagucia. Callan todos sobre la causa de la dificultad. Afirman que el Guardián «le tomó ojeriza»; tratan de explicar lo ocurrido como una nueva prueba a que Dios sometía a su Siervo; y se pierden en disertaciones sobre la inocencia de Andrés, su exacto cumplimiento de todos sus deberes religiosos y sus esfuerzos para complacer al superior.

No sólo por el Padre Echanagucia, sino también por una carta escrita desde Montevideo por uno de los frailes que vivió en el convento con el Hermano Andrés, se sabe que la comunidad le daba la razón. Es lógico deducir que se la daba también su confesor el venerable misionero vasco, puesto que él lo dirigía, lo guiaba y procuró después su regreso a la casa franciscana.

Cuesta poco creer que aquel Guardián, cuyo nombre silencian piadosamente los cronistas del Hermano Andrés, celosos de la honra de la Orden, fuera una mala persona, un hombre díscolo y hasta uno que viera en los arrebatados misticismos y austeras virtudes del hermano Donado un reproche de su propia conducta. ¿Y si alguna vez el hermano Andrés, llevado de su cajidad y poco ajustado a las reglas del mundo le observó algo sobre la vida de la comunidad? ¿Y si en su santa libertad de espíritu y su independencia no siempre se conformó con lo que no le parecía digno de los hijos del Seráfico?

Siempre conjeturas. Lo positivo es que Andrés cumplía a maravilla su oficio de limosnero, que para cumplirlo sufría vejámenes continuos y ejercitaba una paciencia evangélica, que su piedad y obediencia eran ejemplares y, agregaremos nosotros, rarísimas en aquellos tiempos de relajación; y sin embargo tuvo que salir del convento.

Uno de los biógrafos más antiguos, Villarroelr

cree que la presencia de Andrés en el convento creaba el peligro de una revuelta de los frailes, apreciadores de la bondad del Donado, contra la injusta malquerencia del Guardián; y Andrés, aunque dolorido de tener que abandonar el hábito franciscano, habría preferido sacrificarse para evitar el escándalo. Esto es posible. Pero tampoco debemos olvidar que los santos, aun los de mayor mansedumbre y dulzura más inefable, suelen tener el carácter fuerte. Hay en ellos intransigencias terribles cuando los negocios del espíritu están en peligro. Una voluntad educada y robustecida en la oración y en la negación de sí mismo puede ser invencible.

Devolvió el hábito y se marchó del convento. Andrés pensó siempre que había obrado con debilidad y contaba esta parte de su vida como un delito cometido. A pesar de todos los malos tratamientos del Guardián y la injusticia con que molestaba al Hermano, creía éste que su deber hubiera sido soportar aun mucho más.

Lanzado de nuevo a la vida que es preciso ganar con el trabajo, Andrés García entró como obrero a jornal en la construcción de un templo en la Casa de Ejercicios de Montevideo. Parece lógico que llegara allí recomendado por su confesor o por otro de los religiosos que habían reconocido la injusticia del Guardián y estimado sus virtudes.

Se entra aquí en el terreno de contradicciones notorias y de hechos que es difícil reducir a un lógico encadenamiento. Que Andrés deseara volver al convento, parece natural. No se avenía con la vida del mundo. Se sentía como desamparado de Dios en medio de gentes cuyo lenguaje entendía cada día menos, cuyas costumbres le eran motivo de continuo escándalo; cuvos intereses y ambiciones no tenían punto alguno de contacto con los suyos. Pero que el mismo Guardián perseguidor le concediera de nuevo el hábito, parece inexplicable. Si lo movieron esta vez las súplicas de Andrés, su sincero dolor, su angustia al ver comprometida la salvación de su alma si no volvía a vestir el hábito franciscano, y si a todo esto se añadieron los ruegos de los frailes amigos de Andrés, menos se entiende que, según todos los biógrafos, apoyados en el testimonio del propio Hermano y de su confesor, volviera pronto el Guardián a molestarlo y perseguirlo con toda suerte de triquiñuelas e injusticias. Queda indudablemente en esta parte de la vida de Andrés García un vacío, a menos que existan documentos más esclarecedores y los hayan reservado para el proceso de su beatificación.

No le duró mucho sobre los hombros el hábito tan deseado y con tantas humillaciones obtenido. El convento de San Francisco de Montevideo fué convertido en cuartel por una de las revoluciones del año 37 o 38. Los frailes dispersos se refugiaron en casas amigas o pasaron las fronteras.

No hay luz alguna sobre lo que hizo Andrés García desde la clausura del convento y dispersión de los religiosos hasta el mes de Abril de 1839. ¿Nada dijo sobre esto el Padre Echanagucia durante sus largos años de residencia en Santiago? ¿O se ha sepultado en el secreto lo que dijo?

Se puede suponer que Andrés trabajó como antes y hasta reunir algún dinero puesto que pudo pagar su pasaje a Chile y declaró más tarde que traía 500 pesos al llegar a este país. El Padre Echanagucia había oído del convento de la Recolección Franciscana de Santiago y de su

restauración bajo la autoridad del Padre José de la Cruz Infante en la regla de estricta observancia. Infante era un caballero de la vieja familia chilena de este nombre. Había hecho estudios de teología y de letras humanas. Tenía cultura intelectual, religiosa y social.

El viejo convento de Recolección de Descalzos de Nuestro Padre San Francisco, fundado por el Maestre de Campo Don Nicolás García Henríquez y su esposa doña María Ferreira en 1633 sobre unos terrenos que poseían en la ribera norte del Mapocho, se renovaba con la autoridad del nuncio apostólico Monseñor Muzzi y era entregado a la dirección de un hombre tan reputado por su virtud y su saber como el Padre Infante.

Desencantado de las casas franciscanas del Perú y del Plata, el Padre Echanagucia volvió sus esperanzas de reposo y de vida religiosa sincera y limpia hacia esta Recolección de Santiago de Chile de la cual tanto bien se hablaba. Invitó a su amigo Andrés García a partir con él hacia el remoto país del otro lado de las cordilleras. Y ambos se embarcaron en Abril de 1839 en el bergantín *Floreville*, que por el nombre debió de ser francés.

Existe el recibo dado por los armadores a Andrés García por «sesenta patacones», precio de su pasaje de Montevideo a Valparaíso en el bergantín Floreville. El viento de los éxodos iba arrastrando al hijo de Hampuyenta hacia el cumplimiento de un misterioso destino que solo tendría su pleno desarrollo en la faja de tierra para él desconocida en absoluto y a que lo llevaban sus eternas ansias de un rincón sereno donde le fuera dado orar, sufrir y merecer la gloria.

POR EL CABO DE HORNOS

Aun descontados todos los retardos posibles e inevitables, parece singular que el bergantín Floreville, a cuyo bordo había tomado pasaje Andrés García el 8 de Abril, sólo llegara a Valparaíso a mediados de Diciembre de aquel año de 1839.

Es verosímil que el pequeño barco no zarpara sino algunas semanas después de extendido el recibo al pasajero García, único documento
comprobatorio de este viaje. Puede ser también que hallara vientos contrarios en ambos
lados del continente, cosa muy probable en esos
mares y en estación ya algo avanzada. Ni es de
extrañar que viniera haciendo escalas en diversos parajes donde existían pequeños establecimientos de población o en los puertos de las islas y costas continentales de Chile, mucho más
poblados entonces que la Patagonia argentina,

todavía prácticamente salvaje. Ello es que en la fecha del arribo a Valparaíso a mediados de Diciembre coinciden los biógrafos, futuros hermanos en religión del viajero.

Si es así, el Padre Echanagucia y su amigo García han vivido siete u ocho meses a bordo del Floreville y bastarían las penalidades de tal navegación, la falta de toda comodidad, la escasez y mala clase de los alimentos, lo grosero y sucio de la vida en un barco de esa especie y en esa época, para explicarse que los dos viajeros llegaran a Chile amargados y quejosos.

Para Andrés García este segundo viaje por mar fué una nueva aproximación al Infierno. Con mayor razón que en el de las Canarias a Montevideo, en este la compañía forzada de los marineros fué para él una tortura continua; muchos años después todavía consideraba esos días obscuros como la más fuerte prueba a que había sido sometida su paciencia y la ocasión en que más había debido domar sus pasiones para no pecar contra la caridad y no dejarse llevar de la ira y la desesperación.

Viaje larguísimo, probablemente gente de mar francesa, es decir de una raza con la cual la española jamás cultivó sentimientos muy fraternales y que debía ser especialmente odiada por los peninsulares y sus descendientes a tan corta distancia de la invasión napoleónica y con los crímenes, a los ojos de los católicos, de la Revolución. No había sino motivos para que el venerable misionero apostólico y el pobrecito Andrés García, pensaran que esa navegación era una parte de su purgatorio que estaban pasando en vida.

Menos mal para el monje cuya cultura y autoridad personal podían imponerse al respeto de la gente marinera. Pero el desventurado canario quedaba entregado a su grosería y su burla. Ni habrá dejado de ser parte para el mal trato de que ambos viajeros se quejaron la superstición, tan generalizada, de que la presencia de un fraile es signo de mala ventura para un barco.

Andrés no alteraba substancialmente su modo de vivir por estar a bordo o en presencia de gentes incrédulas. Sus oraciones, sus penitencias, sus lecturas piadosas continuaban como si estuviera solo en presencia de Dios. Y esto, si podían los marineros tolerarlo y entenderlo en el que vestía hábito sagrado, les parecía absurdo en el seglar.

Afirma uno de los biógrafos primitivos, de seguro con el testimonio del Padre Echanagucia y del propio Andrés, que los tripulantes del Floreville no se limitaron a chanzas pesadas. insultos y expresiones obscenas, sino además golpeaban a Andrés, y un día lo dejaron sin sentido a fuerza de palos y mojicones. Parece excesivo aun con el conocimiento de las costumbres marineras de aquella época y en un tal barco como el Floreville; pero también esto tendría explicación en el hecho de que, a gentes de esa especie, les provoca una especie de ira el espectáculo, no sólo de una concentración incesante en pensamientos ultraterrenos, sino también la excesiva mansedumbre y dulzura de un hombre que bordea los 40 años y no responde a las provocaciones. Se nos ocurre que les hubiera agradado hallar sujeto para una buena pelea de esas que a bordo se arman a veces por el simple placer de entrar en actividad muscular, de probar hombría y de saber quién domina a quién. La paciencia de Andrés García y su empeño de evangelizarlos debió excitarlos a ser aun más crueles con él.

Entre los episodios dolorosos de este viaje

contaba Andrés que un día le arrebataron un libro en alabanza de la Virgen María y lo arrojaron al mar. Y añadía que esa vez si que sintió irritación por la ofensa hecha a la Virgen y estuvo a punto de repeler la agresión; pero nada les dijo. Alcanzó a dominar su pasión aunque había cometido de pensamiento el pecado de la ira, confesaba él.

Ni podía el viajero devoto excusarse de predicar entre aquellas almas que veía destinadas al fuego eterno, provocadoras de la cólera divina en medio de las tempestades que ponían cada día al bergantín en peligro de hundirse. Paciente y dulcemente les hablaba de Dios, de la Virgen, de sus conciencias de cristianos, del infierno, de los demonios que día y noche rondan en torno de las criaturas para perderlas, de los ejemplos de los santos, de los casos ejemplares que había leído en las vidas de los siervos de Dios. Todo lo cual no podía sino excitarlos a mayores desmanes y nuevas burlas.

Y llegó un momento en que Andrés, sintiéndose entre infieles, acaso con el recuerdo de tantos hombres que habían dado su vida por confesar la fe de Cristo, resolvió en su alma ofrecer la suya por la salvación de aquellos desgraciados navegantes del Floreville. Pensaba arrostrarlos, desafiarlos, proclamar ante ellos su fe y cantar en su presencia y a pesar de ellos las alabanzas de Dios y de sus santos, aunque por ello le dieran muerte, como imaginaba que lo harían.

Pero el Padre Echanagucia, hombre de prudente criterio y conocedor del mundo, lo disuadió y le aconsejó que siguiera su política de paciente sufrir y silencioso sometimiento. Al referir este episodio, decía Andrés que el Padre lo riñó por este exceso de celo.

Sin tantas torturas para Andrés y con menos incomodidades que hubiera tenido el viaje, hubiera bastado su duración para que los dos viajeros creyeran llegar a un paraíso terrenal cuando en un día de Diciembre, verdes las colinas, albas las cordilleras lejanas, tibio el aire, acogedora la tierra, el Floreville dando largas bordadas dobló la punta de Playa Ancha y fué a tomar fondeadero en la rada de Valparaíso.

La paz y la esperanza venían de aquella tierra donde ambos iban'a hallar lo que tanto buscaran de un continente a otro, de una a otra ciudad.

LA RECOLETA RESTAURADA

No habían sido engañados el Padre Echanagucia y su amigo Andrés. El convento de la Recolección Franciscana de Santiago de Chile se hallaba desde 1837 en plena labor de restauración. El Nuncio, Monseñor Muzi, lo había independizado de la provincia franciscana de Chile y el Padre José de la Cruz Infante trabajaba con celo inteligente para restablecer la observancia estricta de la regla primitiva con las reformas introducidas en los siglos.

No es que en los tiempos coloniales careciera la Recoleta de tradiciones ilustres de santidad. En el mismo siglo XVII había vivido en ese convento el lego Fray Pedro Bardesi, un vizcaíno de buena familia, hijo de un abogado de la Real Cancillería de Valladolid, que en la Recoleta tomó el hábito y murió en 1700 con gran fama de santo.

El proceso de su beatificación se seguía en Roma a principios del siglo XIX y el Obispo Marán, según reza una inscripción en el retrato del Siervo de Dios Bardesi, había concedido indulgencias a los que dieran limosnas para las costas de su causa «que está en las últimas diligencias», decían en 1805.

Allí floreció también la virtud extraordinaria del negro Andrés de Guinea comprado como esclavo por los portugueses, adquirido por un caballero de Santiago que le dió la libertad a causa de un hecho milagroso según cuenta la larga inscripción del retrato que del africano hay en el convento. Andrés era panadero en la casa donde servía. Por ir a misa y recibir los sacramentos descuidó un día el horno y cuando el amo acudió a verlo, el pan estaba hecho carbón. Llamó irritado al esclavo, y le ordenó que sacara el pan del horno y Andrés «se lo presentó tan hermoso como una flor». El caballero «pasmado y reconociendo que no era digno de servirse de un negro tan santo y virtuoso, le dió la libertad para que soltase los diques de su fervor». Andrés

de Guinea entró en la Recolección Franciscana y tomó el hábito de Donado. Nunca salió del convento, dice la leyenda del retrato, y cuando murió, tras de una vida de fervores y penitencias, «se oyó en la capilla donde se había depositado su cadáver una armoniosa y deliciosa música, como de jilgueros, ruiseñores y calandrias, que parecía a los que la oían y no lo dudaban, ser música del cielo con que los angeles festejaban el glorioso tránsito del alma de Andrés a la gloria»

Ni faltan en la tradición de la Recoleta otros nombres de varones celebrados por su virtud o su ciencia y entre ellos algunos que recuerdan a las más aristocráticas familias santiaguinas de aquel tiempo.

Cierto que durante las luchas de la Independencia el convento pasó por vicisitudes. El año 12 fué ocupado por tropas. Poco después los frailes tuvieron que ceder sus claustros a las monjas clarisas de Nuestra Señora de la Victoria mientras se les edificaba su convento de la calle de Agustinas entre la de los Baratillos y la del Sauce demolido en el presente siglo.

Pero al arribo de los viajeros de Montevideo el convento llevaba dos años de restauración

metódica bajo la mano amable y firme del Padre Infante que debía recibirlos en calidad de Guardián nombrado directamente por la Silla Apostólica.

Andrés García y su confesor descansaban por fin del viaje diabólico en que tanto habían tentado los demonios al paciente hijo de las Canarias. Un claustro nuevo, un templo hermoso, gran huerto, superiores virtuosos, secular tradición de santidades que perfumaban la vida conventual, invitando a seguir valerosos ejemplos, numerosa congregación de fieles en torno de la casa franciscana, todo era aquí como él lo había soñado.

El Padre Echanagucia era su fiador. El respondía de que Andrés era digno de ser admitido en el convento. Lo sabía preparado para mejores destinos.

Sólo en 1837 había logrado el «observantísimo Padre Infante» como lo llama la inscripción de su retrato en la sala del De Profundis, abrir los claustros de la Recoleta restaurada. Hasta poco antes los ocuparon las Clarisas, y los antiguos monjes dispersos en diversos conventos, o no quisieron volver o no tenía el restaurador es-

pecial interés en que volvieran, porque se sabe que la nueva institución se inauguró con sólo un sacerdote, dos legos y un hermano donado.

Infante tenía sesenta y siete años de edad cuando los viajeros de Montevideo le pidieron asilo en su convento, y su fama de predicador, de misionero, de sabio confesor y teólogo era grande en todo el país. Además, no era poca parte en aquellos tiempos, para que un sacerdote tuviera en Chile autoridad, el unir a sus virtudes nombres como los de Infante y Tobar por la línea paterna y Prado y Covarrubias por la materna.

En el coro donde reza la comunidad de la Recoleta está el sepulcro de este sabio Guardián y restaurador del convento y una urna que guarda su corazón tiene inscripciones en que las Comunidades, el pueblo de Santiago el clero y la «familia de los Infantes» cantan en ampuloso y florido estilo sus virtudes. Esta última declara que «la noble y triste familia de los Infantes conserva dentro de esta urna su timbre más glorioso».

Este varón prudente y sabio dejó por algún tiempo a Andrés García como simple seglar, sin darle ni aun el hábito que ya le había sido concedido en Montevideo, y lo destinó a la cocina del convento. El Padre Infante debía conocer sus Fioretti donde se cuenta que, cuando San Francisco quiso probar la humildad de Fray Masseo, uno de los más santos entre sus hijos, le encargó los oficios de la puerta, de la limosna y de la cocina.

Como Masseo, y aunque no tenía como éste el don de la elocuencia para predicar la palabra de Dios, Andrés se conformó por mérito de la santa obediencia con el cargo que el Guardián le daba y pasó algún tiempo cocinando para la comunidad que ya en aquel año había crecido.

Y solo entonces, probada su humildad, «sin la cual ninguna virtud es aceptable a Dios», decía Francisco, dióle el Padre Infante el hábito, que fué darle el uniforme al soldado y realizar el sueño perseguido a lo largo de tantos tropiezos y dolores.

Y en 1840, antes de un año de su arribo a la Recoleta, se le designó limosnero y debía salir todos los días a la calle para mendigar. Tenía ya su dulce y amarga experiencia de Montevideo. Conocía las ocasiones que el fraile mendicante tiene de sufrir por Jesucristo a imitación

del Patriarca seráfico que pedía limosna y muchas veces sólo recibía mendrugos de pan seco y estos le daban asunto para entonar el cántico de la santa pobreza y celebrar a la Providencia que le había dado el tesoro de esos mendrugos y el agua clara de la fuente para remojarlos y la bella piedra donde posarlos como en una mesa.

Los ardores de la juventud han pasado para Andrés García. Ha entrado en el cuadragésimo año de su vida. Su voluntad, educada en una intensa vida interior, adiestrada por el sufrimiento, fortalecida por la oración y meditación continua de la deleznable vida mortal y la vida gloriosa más allá de la muerte, se ha hecho invencible. Tiene un grande ardor de sacrificio por la purificación de su alma y la edificación del prójimo. Su caridad, su amor a los pobres y a todos los seres débiles, en especial los niños, se ha aumentado a la medida de sus propios padecimientos. Y posee el sentido franciscano de la mendicidad, que es ejercicio de la pobreza del Cristo, humillación y paciencia para responder con dulzura o con piadoso silencio a los que niegan socorro y hasta insultan al fraile, llamado ocioso y lo golpean y arrojan fuera, como a él mismo ya le ocurrió en Montevideo.

La Recoleta ha adquirido un limosnero experto y según el espíritu franciscano. El observantísimo Padre Infante debió convencerse muy pronto de que se lo enviaba el propio San Francisco.

La vida de Andrés García en el convento justificaba los elogios que de él había hecho el Padre Echanagucia. En la noche estrellada durante el invierno, y a la primera, luz del alba en verano, salía de su celda para oír la primera misa y comulgar diariamente. Hallaba tiempo en medio de sus ocupaciones de criado para dedicar un rato a la meditación y a la lectura de algún libro de piedad, del Evangelio o la vida de San Francisco. Seguía con rigurosa exactitud los ayunos y abstinencias de la comunidad que eran entonces en la mayor parte de los días del año obligación cumplida por religiosos y seglares. Y era el más puntual, cuidadoso y paciente de los ayudantes de cocina que hasta entonces había tenido el convento aunque no siempre fuera el más hábil. Su tarea de lavar las ollas y la vajilla, de mondar las papas y limpiar las hortalizas, de cuidar el hervor de la cazuela y vigilar que no «se subiera la leche», parecían despertar en él una grande alegría y de continuo se le oía canturrear como si estuviera dando una salida a los ecos del gran cántico, solemne y gozo so, que entonaba su alma aliviada, al fin, de los cuidados materiales.

of the second of the property of the second of the second

EL LIMOSNERO

enterpris onle solution sol use obtains

Aquí comienza la verdadera vida de Fray Andresito. Se llamó hasta entonces Andrés García, dos veces vestido del hábito franciscano, dos veces hermano donado, y bautizado ahora por el pueblo de Santiago con este nombre de Fray Andresito con que habían de venerarlo las generaciones posteriores.

Comienza también aquí aquella parte de la vida del célebre limosnero de la Recoleta que es posible documentar con testimonios de contemporáneos, algunos de los cuales ya muy ancianos alcanzaron a declarar en el proceso de beatificación. Hasta es posible formarse concepto de lo que físicamente era entonces por un borroso daguerreotipo hecho a instancias de sus amigos santiaguinos y por los cuadros que pintaron anónimos maestros pintores poco después de su

muerte y artistas de mediocres facultades y buena intención afectuosa que recordaban haberlo visto en sus andanzas por la ciudad.

Fray Andresito de mediana estatura, parece bajo el sayal de buenas proporciones, pero no robusto. El rostro es vulgar, tiene el tipo medio del pueblo con los pómulos algo prominentes, fuerte mandíbula inferior, la nariz ancha sin ser chata, ojos que redimen la vulgaridad de las demás facciones por la luz penetrante que irradian. Y el carácter de la fisonomía se acentúa con la hirsuta cabellera muy abundante, de pelo ensortijado que cae en ondas espesas sobre una frente angosta y sube como un gorro sobre el cráneo y oculta en parte las orejas. Además, los retratos revelan que usaba barba y bigote o, como era costumbre en aquellos años, los afeitaba de tarde en tarde y le crecían en abundancia.

Con el largo sayal sujeto a la cintura por la cuerda franciscana de que pende el rosario con crucifijo y medallas devotas, la alcancía cilíndrica de latón en una mano y en la otra el bastón grueso y tosco, calzado de sandalias y cubierto de un gran sombrero gris de alas anchas, el limosnero debió ofrecer el aspecto de un hombre

humilde, paciente, silencioso, algo entrado en sí mismo, como ausente del mundo por el cual va pasando, pero cuya mirada tiene la penetración inocente y desconcertante de los niños en la que hay una especie de adivinación y pasan con ternuras dulcísimas, relámpagos de reproche dolorido.

El pueblo lo mira como un inocente. Habla poco. Su lenguaje es siempre breve, cortado, como fragmentos de ideas que pugnan por abrirse paso, y suenan a inspiraciones. Habla como los oráculos antiguos, más bien insinuando que diciendo. La vida de su espíritu sólo se transmite a los demás por los ojos expresivos. Cuando no mira a un interlocutor, su aire es soñoliento, ausente, marcha con la vista baja. Más que por los años, por su hábito de mirar hacia abajo y de recogerse en sí mismo, poco a poco su cuerpo se va doblando y mucho antes de la edad provecta parece curvado.

Fray Andresito no es alegre. Tiene una dulce seriedad, una amable manera de ser austero. Dicen que en el convento se ríe con buen humor y celebra el chiste de un hermano. Pero en el lento caminar del limosnero, en sus diálogos breves y sentenciosos con los que le dan y recompensa con sus bendiciones, en su paciente tolerancia con los que pasan indiferentes y su resignación a las burlas y chanzas de algunos, Fray Andresito, siempre va serio y hasta parece melancólico.

Hay un solo espectáculo ante el cual Fray Andresito, el limosnero, sale de su abstracción y pierde su habitual serenidad: el cuadro eternamente repetido y multiforme del dolor humano. Y, entre todos los dolores, los de los niños y los ancianos.

En el ir y venir por las calles, llamando a todas las puertas, tendiendo su alcancía a pobres y ricos, por el Mercado y los conventillos, por la Plaza y las habitaciones de la gente principal. Fray Andresito conoce pronto a toda clase de gentes y las gentes lo reconocen. Se mueve en una sociedad capaz de entenderlo, piadosa, creyente, penetrada de un profundo temor de Dios y dispuesta a dar dinero con tal de librarse de enfermedades o de asegurar su salvación eterna. Al presentar su alcancía a un transeunte, al entrar a una casa, Fray Andresito saluda siempre con las mismas palabras: «¡Alabado sea Dios!».

Y este saludo llega a ser en Santiago tan familiar como el «Pax et Bonum» de San Francisco en la Umbria.

Santiago está lleno de iglesias. En el centro de la ciudad las cuatro órdenes tradicionales, Mercedarios, franciscanos, agustinos y domínicos, tienen sus templos y conventos extensos. En torno de ellos, las Clarisas, las Capuchinas, las Agustinas, las de Santa Rosa, reciben en sus claustros perfumados de jardinés a las muchachas de las familias más ilustres. El Niño Dios de las Capuchinas hace milagros; San Isidro sale en procesión cuando la sequía amenaza las cosechas y queda retenido en la Catedral, separado de su esposa Santa María de la Cabeza, hasta que cae la primera lluvia; los Corpus de las diferentes parroquias se suceden durante varios meses derramando en las calles de los diversos barrios el aroma del incienso y de las flores que los vecinos arrojan al paso del Santísimo; las grandes procesiones de la Virgen de la Merced, del Rosario, del Señor de Mayo, son acontecimientos sociales y populares en que toman parte la aristocracia, el pueblo, las autoridades, el Municipio y los Ministros de Estado y

Congresales; en la Semana Santa todo tránsito de vehículos se suspende desde el Jueves hasta que las campanas de la Catedral han sonado a gloria en la mañana del sábado, y las carretas que traen el alimento de la ciudad acampan en las afueras para no turbar el recogimiento de los días trágicos; las cofradías y hermandades tienen intensa vida y reciben en sus registros los nombres más ilustres de la nación; el Viático es llevado a los enfermos en las carrozas doradas y exornadas de alegorías del Sacramento a cuvo paso los transeuntes se arrodillan, los vehículos se detienen y las gentes más devotas siguen detrás hasta la casa del moribundo al son de las campanillas y alumbrados por los cirios y linternas que arrojan una luz amarillenta en competencia con el sol.

Es una religión de profunda fe en los misterios y dogmas, de poca espiritualidad, muchos milagros, constante lectura de vidas de santos, escaso conocimiento del Evangelio que no se lee en las iglesias sino en latín durante la misa, modas de predicadores, entusiasmos por sacerdotes de brillante oratoria florida o fama de santidad,

mucho temor al infierno y al purgatorio y negociaciones incesantes para librarse de sus llamas.

Estas gentes dan limosnas, hacen mandas cuantiosas, dejan en sus testamentos sumas considerables a las comunidades, para el altar de su santo patrono, para misas y novenas en sufragio de su alma. Ha llegado a este rincón de sus antiguos dominios la inquietud ansiosa de Don Felipe II que nunca creyó suficientes los miles y cientos de miles de misas y otros sufragios para librar su atormentado espíritu del terror a la condenación eterna.

El pueblo, más generoso y sencillo que la clase adinerada, da lo que puede y da más en proporción. La resignada y paciente clase popular no tiene más esperanzas que las de la otra vida, más amigos que los santos y las imágenes milagrosas. Cada advocación de la Virgen María tiene su corte de fieles que proclaman sus excelencias y superior poder comparándola con las demás. Los devotos de Nuestra Señora de la Merced la consideran mejor valedora ante su Hijo Divino que la Virgen del Carmen, y otros prefieren a esta, patrona de Chile y origen de la

buena suerte que libra siempre a la nación al borde de los precipios en su historia accidentada.

Desde sus días de la cocina del convento, Andrés ha conocido a los pobres de Santiago. Hombres v mujeres, ciegos v paralíticos, ancianas temblorosas y madres con una carga de chicos, acuden cada día al reparto de comida en la portería. Entre el vaho de las ollas con lo que sobró o lo que se hizo en exceso para repartirlo, el hermano distribuidor siente el coro de los lamentos, las historias de miseria, el llanto de los niños, todo ese pesado vapor de pobreza y de resignación, de dolores físicos, de llagas, de seres estropeados por la vida o portadores de herencias. La portería de los pobres no es triste; el hermano disciplina a los mendicantes, vigila sus pequeños fraudes, sabe a quién debe dar más y a quien negar el auxilio inmerecido. Y los mismos mendigos están tranquilos, no se revuelven contra la desigualdad, hacen esfuerzos sólo para ganarse la voluntad del hermano con el despliegue elocuente de sus devociones, de lo mucho que se encomiendan a Dios, de lo que fian en su Providencia.

Conoce menos a los ricos. Su experiencia de

Montevideo ha debido dejarle un sabor amargo de la gente con dinero. El limosnero sabe que el pobre puede dar o no dar, pero siempre acoge con caridad v respeta al monje, v besa su hábito o su cordón franciscano, o el rosario y las medallas que penden de su cintura. Mendigando, ha comprendido Andrés García que el Evangelio fué hecho para los pobres y bien recuerda que para ellos son todas las expresiones amorosas de Jesús, para los pobres y los niños. A veces, levendo las escrituras a las que es gran aficionado, piensa Fray Andrés si será posible que un rico se salve. Ha leído que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja y claro entiende que si Dios, con su omnipotencia y su dominio de todas las fuerzas de la naturaleza se empeñara en ello, el camello, tal como los que conoció en Fuerteventura, podría pasar por el ojo de la aguja. Pero la palabra de Jesucristo le parece indicar por lo menos una dificultad enorme para los ricos de entrar en el reino de los cielos. Tienen que hacer muchas obras buenas, dar sus riquezas, como el joven que quiso ser discípulo de Jesús y a quien éste dijo que vendiera todos sus bienes, distribuyera el producto entre los pobres y viniera luego a buscarlo.

El limosnero de la Recoleta no tiene que avergonzarse de su oficio. Con su hábito sagrado ya justifica su mendicidad. Siempre fueron mendicantes esos frailes a ejemplo de su fundador el de Asis. Pero, además, la mendicidad es oficio reconocido de muchísimas gentes en todos los países que nacieron de España. Vagan por las calles centenares de hombres y mujeres, ancianos y niños, cojos y ciegos, enfermos y sanos, que piden una limosna por amor de Dios. Van cubiertos de harapos; algunos exhiben al paso del transeunte una llaga en brazos o piernas: los ciegos se sirven de un lazarillo y a veces de un perro que los guía con más certero instinto que el muchacho alquilado. A la puerta de cada iglesia hay un doble coro de mendigos que repite en interminable sonsonete su salmodia: «Una limosnita por amor de Dios, por las benditas ánimas del Purgatorio, por nuestra Señora del Carmen, para este pobre ciego de nacimiento, para este pobre baldado, para comprar un pancito, para estos niñitos...».

No sólo los conventos tienen entonces distribución tradicional de comida para los pobres. En las «casas grandes», las de la aristocracia agrícola del país, hay siempre una clientela de pobres que viene a cierta hora por la puerta cochera y recibe las sobras. Otros pobres suelen llamar con el aldabón o tirar la campanilla que queda sonando largo rato, para pedir un pancito, un cobrecito, un parcito de zapatos. Y a todos se les da. La enseñanza evangélica está más o menos fresca: un pobre representa a Jesucristo. Pero también se sabe por tradición española que es de gente principal dar limosnas y el concurso de pobres a la puerta indica la nobleza de la familia. La vida es fácil, los alimentos baratos, se hace de comer siempre para mayor número que el de personas de la casa, por que lo contrario sería mezquindad y ordinariez.

La mendicidad es casi una profesión digna y honrosa, y hasta de utilidad social, puesto que da ocasión a los ricos para hacer algo con el fin de salvar su alma condenada de otra suerte a esperar el milagro del camello y la aguja. Fray Andrés no será sino el intermediario de una parte entre esos ricos cuya caridad iba a implorar y los pobres a quienes el convento y el mismo lego distribuiría socorros, y entre esos mismos ricos

y el cielo cada día menos accesible para ellos a causa de sus bienes terrenales.

Las limosnas que Fray Andrés recoja tienen diversos objetos y no estarán destinadas sólo a obras de misericordia. El Padre Infante ha emprendido la restauración moral y material de la santa casa de la Recolección Franciscana, tan venida a menos, y el templo renovado requiere gastos cuantiosos que la comunidad no puede obtener sino por medio del limosnero. Ya sea con el dinero que Andrés traiga en su alcancía de latón, ya con el que gentes piadosas envien al convento del otro lado del río movidas por las súplicas del lego limosnero, hay que construir altares, adquirir vasos sagrados, encargar nuevas imágenes, candelabros, manteles del altar, ornamentos. El activo restaurador de la Recoleta tiene una comunidad todavía pequeña y que no ha aportado grandes bienes. Su proyecto de restauración es atrevido y queda en manos de la Divina Providencia. Pero esta obrará sólo por medio de un buen limosnero, y el Padre Infante entiende pronto que se le ha enviado a Frav Andresito como el instrumento de Dios.

La vida del lego limosnero se regulariza en el

convento y en sus correrías por la ciudad. Se levanta con la primera luz en verano y todavía de noche cerrada en invierno; ayuda la primera misa que se dice en el templo y comulga todos los días; después se recoge largo rato en oración mental, en el diálogo místico, único que sabe llevar sin tropiezos y donde su espíritu se mueve libremente; más tarde sale a la calle con su alcancía y su bastón, y afirman sus biógrafos que nunca tomó más alimento que una taza de leche para todo ún día de caminar por la ciudad. A medida que hizo amistades y muchas gentes le daban pan y frutas, agregó a su equipo de mendicante un saco pequeño donde echaba estos regalos para los niños pobres que solían rodearlo.

Entra en las casas sólo para pedir limosna por el amor de Dios y Nuestro Padre San Francisco. Más tarde, cuando cundió su fama de taumaturgo y las gentes le pedían que viera a enfermos y tenía ya casas amigas donde al principio lo acogían bien y luego lo veneraban, se le veía en muchos hogares aristocráticos, conversar con los dueños de casa, recibir confidencias, encargos para la Divinidad a la cual debía pedir tal o cual gracia, salud de un enfermo, buen

resultado de un negocio, paz en un matrimonio, la vuelta de un pródigo, la regeneración de un hijo calavera o de un marido infiel.

Al caer la tarde, entra en su convento con el toque del Angelus. Asiste al coro de los monjes; reza con ellos el Rosario; hace de nuevo oración y tiene todavía tiempo para reunir a gentes del pueblo que, guiadas por él, rezan el Vía Crucis y meditan la Pasión de Cristo siguiendo los episodios de la Vía Dolorosa.

Los contemporáneos cuentan que en el convento era alegre. Unido a la comunidad en las horas de recreo, tomaba su parte en la charla y hasta en las chanzas a que fueron siempre aficionados los frailes. No le faltó la alegría franciscana, tradición tan vieja en la Orden que sube hasta el Fundador.

¿Las noches? Debieron ser de largas veladas. A esas horas preparaba, sin duda, en su celda los ungüentos, las infusiones, los diversos remedios de yerbas y aceites que luego daba a los enfermos y con los que cobró al principio fama de médico entre humano y divino, y luego de taumaturgo. Fuera recuerdo de su vida de campesino, instinto de observador silencioso de ciertas fuerzas de

la naturaleza, o inspiración de su caridad que le infundía lástima del dolor ajeno y ansia de aliviarlo, Fray Andresito se hizo un poco curandero. Entre los objetos hallados en la celda y recogidos como reliquias que hoy se exhiben en el convento, hay un mortero, potes para pomadas, frascos, herramientas primitivas para confeccionar sus medicamentos.

Y era en la noche cuando a solas con su conciencia y delante de un Dios que sentía presente en todas partes y más cercano allí en la soledad de la última meditación y oración mental, azotaba su cuerpo y combatía a los demonios tentadores. Armado de duras disciplinas, azotes de cuero y alambre capaces de desgarrar las carnes, el lego aterrado, acaso perseguido por visiones turbadoras, convencido en todo caso de que era preciso sufrir para ganar la gloria, temeroso siempre de no hacer lo suficiente para salvar su alma, se daba azotes sobre las carnes desnudas antes de tenderse sobre su jergón y dormirse con los cilicios, cota de mallas de puntas agudas vueltas hacia la carne que llevaba siempre bajo sus vestiduras y en torno de la cintura.

Pero no todo era lucha con los poderes infer-

nales y con el humano dolor en las noches de Fray Andresito en su celda del viejo claustro. A esas horas se sentaba a su mesa sobre la silla de baqueta que aun se guarda y escribía oraciones, jaculatorias, arranques de su alma en busca de frases para pedir perdón de sus culpas, gritos de amor a Dios, a la Virgen María, a San Francisco y Santa Filomena, cantos infantiles, en el estilo de los villancicos de su tierra natal para el Niño Dios en el pesebre de Navidad. Ensayos rudos de una literatura rudimentaria, eran el desahogo propio del español en quien siempre el exceso de la pasión de cualquier orden se desbordó en forma poética y buscó de preferencia la rima y el ritmo.

AL ENCUENTRO DEL DOLOR

dia adequati ne accumit soffmon sin paccillar of

Las crónicas publicadas sobre la vida del lego limosnero de la Recoleta son tan fragmentarias que es difícil rastrear en ellas el curso lógico de su vida o determinar por qué caminos llegó a la fama de santidad, a la inmensa afección del pueblo, a la fe que se tenía en sus poderes de agente de Dios para realizar milagros.

Su extrema humildad, junto con las fuerzas que su voluntad había adquirido en el constante ejercicio de vencerse, de dominar sus pasiones y elevar su alma hacia un ideal extraterreno, debieron darle un poder de sugestión que habría obrado por si solo sobre las almas de la gente creyente. Pero este poder no podía ejercerse sin que el lego tuviera al mismo tiempo virtudes personales de primer orden, sin que ellas reflejaran sobre los demás, sin que se creyera popular-

mente que era caritativo, piadoso, casto y resignado, y nunca hubiera en él o en su reputación cosa alguna capaz de desmentir esa fe.

Bastó algún hecho extraordinario de esos que no se explican por causas visibles y que la gran fe religiosa de aquellos tiempos se inclinaba sin esfuerzo a atribuir a causas sobrenaturales, para que el pueblo primero, la gente de lo que se llama la sociedad después, recurrieran a Fray Andresito en enfermedades y angustias de todo género. Y así fueron acumulándose los hechos maravillosos de que su crónica está llena.

Es probable que los llamados milagros de Fray Andresito comenzaran por los niños, pues los de este orden son tantos, tan repetidos, de un carácter tan conmovedor en muchos casos, que sin duda era el niño, y aun deberíamos decir el dolor de la madre, lo que más lo movía. En la jira diaria por cabañas y palacios, Fray Andresito encuentra en todas partes un clamor dolorido, una humanidad que sufre achaques del cuerpo y angustias del alma. Pero ningún dolor halla al pasar por entre las gentes más digno de compasión que el dolor de la madre, la desesperada batalla de la mujer que defiende contra la

muerte al hijo de sus entrañas. La predilección del lego por las madres acongojadas se entiende bien: ha meditado tanto el dolor de María que sigue a su Hijo en el camino del Calvario, que lo ve crucificar, asiste a su muerte y recibe su cuerpo destrozado para dejarlo en el sepulcro...

Cada mujer que da el seno a un niño en la puerta de un rancho mísero, se le aparece como la propia Madre de Jesús en el pesebre de Belén; toda madre que rodea con sus brazos al hijo sobre cuya cabeza afiebrada ronda la muerte, le evoca el cuadro que tantas veces ha contemplado en la imaginería católica española de aquella época, la Virgen María con el Cristo muerto y el corazón atravesado por siete espadas. La maternidad es la única función de la naturaleza que Fray Andresito ha meditado, ha sentido, ha vivido en sus coloquios místicos y en cuya contemplación ha podido detenerse porque fué dignificada en la Virgen Madre y en su Hijo Divino.

Ha corrido la voz de que el limosnero franciscano tiene ungüentos, infusiones y polvos con los cuales cura diversas enfermedades. Además, se comienza a creer en sus poderes para vencer el mal. Una mujer corre a buscarlo llevando en brazos a su criatura de siete meses. Lo halla en la Plaza de Abastos, como entonces se llamaba el Mercado, le presenta su niña y le pide un remedio. El lego la tranquiliza con palabras entrecortadas, murmura una oración y mojándose un dedo con su propia saliva lo pasa sobre las sienes calenturientas de la pequeñita. «Váyase no más; ya sanará», dice, despidiéndola para seguir su camino entre los puestos de verdura; y al llegar a la casa la mujer ve asombrada que la criatura busca el seno materno, revive, y queda sana.

Un vecino respetable ha declarado en el proceso de beatificación de Andrés García que vió acudir a la portería del convento a mújeres que llevaban niños cubiertos de granos. Andrés lamía sus pústulas y erupciones y sanaban al punto. Otras veces usaba un ungüento, preparación suya, y de igual modo los sanaba.

En una ocasión, llegó a casa de una señora cuya hija se había quemado horriblemente un brazo. Los médicos trataban en vano de calmar sus dolores. Andrés cogió del parrón del patio unas cuantas hojas, las mascó, y húmedas con su saliva las aplicó sobre la mano enferma. La niña

tuvo asco y sintió revuelto el estómago y arrancó el emplasto apenas el lego salió de la casa. Al otro día, dice la señora que declara el milagro, tenía sana toda la mano, menos la parte de donde arrancó el remedio de Fray Andresito.

Le llevan al convento un niño ciego, atacado de «gota serena» con esos ojos claros, sin nubes, fijos en un horizonte indefinido. Andrés le aplica hojas de palqui, le da un ungüento y recomienda mucho que se encomienden a San Francisco y Santa Filomena. «Sanará, no quedará ciego», dice en su lenguaje conciso y golpeante, expresión de una fe absoluta. Y contra la opinión de los médicos, el niño recobra la vista.

Cura lobanillos pasando sobre ellos su saliva y después el cordón franciscano. Lo más frecuente es que haga la señal de la cruz con saliva sobre la parte enferma, recogido en sí mismo, orando mentalmente, abstraído, en una invocación muda y profunda de sus santos, de la Virgen, de Jesús.

Entra en una tienda del Portal que hoy se llama de Fernández Concha para pedir su limosna acostumbrada. La sobrina del tendero está allí, distraída con la charla de las compradoras, para olvidar los dolores que sufre en los ojos ya casi ciegos. Los grandes físicos del día la han visto y dado pocas esperanzas. La tía ruega al hermanito Andrés que le dé un remedio. «No se aflijan, dice, alabado sea Dios, con esta aguita va a sanar», y pasa sobre los ojos que entreabre con sus dedos una pluma mojada. El dolor desaparece y al amanecer del día siguiente, la niña ve la luz del día por primera vez tras largo tiempo y sale de su cuarto gritando de alegría.

Hay una larga historia, relatada con detalles menudos por el mismo paciente, de un niño que jugando con otros recibió un golpe tan recio en una pierna que los cirujanos opinaban se la deberían amputar. Fray Andresito estaba en la casa del frente donde recogía su limosna; la madre del niño enfermo corrió a llamarlo, y pidió remedio. «¿Qué tienes?», pregunta al niño con la infinita dulzura con que siempre hablaba a los pequeños en contraste con .la gravedad de su trato con los demás. «Hermanito, mañana me van a cortar la pierna». «No le cortarán la pierna, no le cortarán la pierna», murmura Fray Andresito en esa repetición monótona que parecía acentuar su fe y la de los circunstantes.

En un largo documento relata este caso el propio favorecido. Dice que en el primer momento Fray Andresito tocó con su mano la pierna enferma, lo que le causó un dolor agudo y desvanecimiento; luego le enjugó el sudor que con el sufrimiento corría por su rostro; tocó por segunda vez y el niño se desmayó aun más hondamente que la primera; entonces el lego sacó de su ancha manga franciscana un pequeño pote con pomada y la aplicó sobre la pierna. El niño se durmió y soñó, dice, que jugaba en el jardín con otros niños, y durmió tres horas, él que por muchos meses no había logrado dormir sino breves momentos, sin cesar atenaceado por sus dolores. «Desperté, y como estaba habituado a quejarme, lo primero fué quejarme; pero ya bien despierto, noté que mi pierna estaba completamente sana, quedando, para constancia del milagro, las correspondientes cicatrices».

De este y otros hechos referidos más tarde por los propios actores como recuerdos de su infancia, tomaban a veces conocimiento médicos eminentes. El que acabamos de repetir fué conocido del Dr. Don Benito García que llevó al muchacho enfermo a su Sanatorio y allí levantó un acta firmada por muchas personas, «siendo testigos más de trescientas, (dice el documento fechado en 1897) de las que viven muchas».

No siempre acogía Fray Andresito con facilidad v entusiasmo la petición de que curara a un niño. Más frecuente era que advirtiera a la madre lo ventajoso que sería para su hijo morir pronto e irse al cielo, ahorrándose una vida de padecimientos. A una señora que le suplica ruegue a Santa Filomena para que sane a su hija atacada de meningitis o algo parecido, (las descripciones de las enfermedades no son en estas crónicas muy precisas) el lego le dice: «No se encomiende a esa Santa porque le gusta mucho llevarse al cielo a los niños chicos». Pero luego la incita a que ofrezca una manda a «San Francisco de las llagas», cinco monedas del valor que a la madre le parezca en memoria de las cinco llagas. Se marcha de la casa y cuando vuelve al día siguiente, la niña se muere, está en la agonía, no da va más señales de vida que una respiración ansiosa y difícil. Pero Fray Andrés entra golpeando las manos y pide las albricias y repite desde la puerta de calle: «Tráiganmela para acá; la niña no se muere». Pasa sobre los ojos cerrados y mortecinos su cordón, humedece los párpados con saliva y la niña abre los ojos. Vive, pero sus ojos están ciegos. El padre exclama: «Si ha de quedar ciega mi hija, no deseo que viva». Fray Andrés pide una flor; traen del jardín una rosa y se la entrega a la enferma. Desde ese instante la criatura sana rápidamente, recobra la vista, y vive largos años, «consagrada a los pobres», dice su padre al declarar el hecho.

Madres desoladas llegaban a la portería del convento llevándole sus hijos enfermos. Una pobrecita acude así apretando contra su seno escuálido una criatura que ya parece muerta. Fray Andresito la tranquiliza y exclama como siempre: «¡Alabado sea Dios! no es nada, no es nada, el niño vivirá». Reza, hace sobre el enfermo la señal de la cruz, unas veces con la mano otras con el cordón. El niño se incorpora, abre los ojos, los fija en el lego y lo llama con la exclamación cariñosa de los niños del pueblo: «¡Taita!».

Pero su campo de maravillas es la calle, el Mercado, los tugurios miserables de los barrios más pobres de Santiago. Cada día se detiene un largo rato en el puente de Cal y Canto, la obra española monumental, principal comunicación entre ambas orillas del Mapocho, entonces animada por un movimiento incesante de carretas, coches, ir y venir de gentes, compradores de sus baratillos metidos en las garitas de piedra que adornan sus arcos. Fray Andrés pide allí limosna y reparte bendiciones, allí sana un día a un paralítico, allí acoge a madres angustiadas que vienen a buscarlo de lejos, allí conversa con los niños y los viejos, allí lo saludan y le encargan oraciones las verduleras de la Plaza de Abastos, las criadas que andan de compras, los carreteros que vienen del campo a vender en la Vega sus productos, las devotas que van al Carmen Bajo o vuelven de la Recoleta y de la Viñita del Rosario, los dolientes que regresan del Cementerio a veces en grupos que rezan el Rosario por el alma del finado.

El puente de Cal y Canto con su alto lomo alzado sobre la ciudad, desde donde se divisan las torres de Santo Domingo, y el Santa Lucía montón de rocas desnudas, y el valle del Mapocho regado de aguas turbias, y el San Cristóbal todavía virgen de las llagas de sus canteras, y la cordillera blanca, es como un Forum popular, y por varios años Fray Andresito lo frecuenta y se incorpora en él a la vida santiaguina.

Pero no todo era popularidad y fe en los poderes sobrenaturales que se manifestaban por medio del limosnero de la Recoleta. También en aquellos tiempos devotos había gentes descreídas y otros que creían y hasta tenían mucho miedo del infierno y de las ánimas que penan, pero no podían convencerse de que aquel mochito de aire abobado fuera santo ni mucho menos capaz de obrar prodigios. La leyenda de Fray Andresito abunda en episodios de burlas y hasta groseros ataques al limosnero, narrados menudamente para mostrar en seguida cómo protegía Dios a su siervo y se servía de los mismos malvados enemigos para mostrar su gran misericordia y su justicia.

Unos jóvenes amigos de burlas se acercaron a él en actitud de besarle el hábito franciscano que era acto de piedad por el cual se ganaba indulgencia. Y en vez de besarlo lo escupieron. Fray Andresito no se indigna, sigue su camino paciente y resignado, como debe ser la caridad, y pide a San Francisco que inspire a los jóvenes el arrepentimiento de la ofensa que han hecho al santo hábito. Busca una casa amiga donde lavar la mancha de su ropa y allí lo alcanzan los ofensores para pedirle perdón. Fray Andresito les dice que ya San Francisco los ha perdonado, pero que deben arrepentirse y entrar a ejercicios espirituales.

Las jugarretas con Fray Andresito solían ser peligrosas, al decir de sus cronistas. Concertados unos muchachos para engañarlo, uno de ellos se fingió muerto mientras los otros corrían en busca del lego pidiéndole ayuda. «Bueno, bueno; si está muerto, entiérrenlo», contestó el lego, y cuando los muchachos volvieron hallaron realmente muerto a su amigo.

Tales casos son excepciones. La leyenda recoge pocos y sólo a título de ejemplos de la protección con que Dios amparaba a su servidor Andrés contra las insidias del demonio inspirador de esos burladores. El limosnero soportaba con paciencia infinita y dulzura cada día mayor no sólo el rechazo a veces irritado de su petición de limosna, sino también los insultos que solían dirigirle. La noción de que los frailes son unos ociosos que viven a costa ajena, existía entonces en muchas gentes; el libre pensamiento agresivo y fanático apuntaba ya en muchos espíritus chilenos; la tarea de Fray Andresito no era ni fácil ni liviana. Pero cuanto en ella sufría, lo aplicaba en descargo de sus culpas y hasta le regocijaba que lo maltrataran, porque con ello le daban ocasión de hacer méritos para el cielo. El único negocio importante era para él salvar su alma del infierno y del purgatorio y esto sólo lo concebía con padecimientos ofrecidos a Dios.

Y así iba por calles de la ciudad, caminos de los suburbios, por Chuchunco y el Llano Subercaseaux, por los palacios del centro y las casas campesinas de los fundos cercanos, creciendo en fama de santo y taumaturgo capaz de prodigios. Pero más que todo su popularidad se fundaba en su gran piedad con los pobres y de entre los pobres, los niños y de entre los que sufrían las madres angustiadas. El pueblo lo sentía suyo y Fray Andresito amaba al pueblo y entendía su vocación de intermediario entre los que la desigualdad de fortuna había separado.

LA ARISTOCRACIA DEVOTA

De los hechos relatados por los testigos que declararon en su proceso de beatificación y de lo que monjes y seglares han publicado sobre él, se entiende bien claro que Fray Andresito llegó a ser una fuerza social en Santiago.

Se comenzó por darle limosna y pedirle oraciones para tales o cuales fines; siguió el convencimiento de que las súplicas del lego eran escuchadas; vino su reputación de curandero y luego de agente de la Providencia para sanar por modo maravilloso y sin fuerzas naturales muchas enfermedades; se pasó en seguida a consultarlo en casos graves de conflictos de familia, matrimonios, cuestiones de dinero, negocios arriesgados.

Visitaba el limosnero las casas más aristocráticas de Santiago. En sus crónicas aparecen los nombres más ilustres de entonces, los de la gente más rica y la que tenía y conserva todavía mayor orgullo de su origen. A mediados del siglo XIX la sociedad de Santiago existía como un núcleo bien definido y muy cerrado; eran unas cuantas familias, casi todas ellas con fortuna de origen mercantil en la primera generación nacida en el país, y luego agrícola cuando el mostrador de la tienda había dado ya para comprar tierras. Y eran devotos casi todos y los que no lo eran lo fingían y no tenían valor de confesar su incredulidad religiosa por no aparecer descastados y quedarse al margen de su clase.

Acaso el testimonio más fehaciente para nuestro criterio de cuantos hemos leído sobre los llamados milagros de Fray Andresito, procede de un hombre de alta condición social, gran cultura, acendrado patriotismo y que tuvo en el país una considerable influencia como estadista y gobernante. Don Francisco Echaurren Huidobro ha contado en una carta escrita con prudente reserva, gran precisión de detalles y un convencimiento tranquilo, la curación de su hermana doña Javiera. La noble dama se moría después de un mal alumbramiento; los había recibido

últimos auxilios y perdido el conocimiento sin más señal de vida que su débil respiración; la familia aguardaba su muerte rezando en torno de su lecho las oraciones de los agonizantes. Entró en la casa Fray Andresito, amigo de los Echaurren, v don Francisco, que relata la historia, se acercó a él y le pidió que viera a su hermana. El lego se acercó a la moribunda y la estuvo mirando largo rato en silencio; luego se arrodilló y oró durante un cuarto de hora; por último «se levantó y tomando el cordón de su hábito, hizo a la enferma con él varias cruces por la cara y el cuerpo, recitando al parecer algunas oraciones en voz baja, y después de darle una última mirada, con semblante alegre se retiró». Al acompañarlo hasta la puerta, don Francisco le habló de la desgracia que sería la muerte de una madre de numerosa familia pequeña; le recordó las limosnas que ella hacía al propio Fray Andresito y a su convento. El limosnero contestó risueño y dijo: «No hay cuidado, no morirá, vivirá»; repitiendo varias veces estas palabras lacónicas con acento de seguridad y convicción perfectas. «La familia no quería creer; tomaba las palabras de Fray Andresito como expresiones consoladoras de un buen amigo. Media hora después, sin que hubiera recibido medicina alguna, la enferma «comenzó a revivir como quien despierta de un sueño; su fisonomía comenzó a reanimarse, su semblante fué cambiando, la respiración haciéndose sensible, volviendo en fin la vida a reanimar a la que poco antes parecía un verdadero cadáver v restituirle el movimiento de sus miembros hasta el punto de que a las dos horas pudo ya sentarse en la cama, hablar y preguntar qué era lo que había pasado». Don Francisco Echaurren Huidobro termina su declaración diciendo que los médicos no supieron explicarse esta especie de resurrección. Dos días después doña Javiera dejaba el lecho y cuatro días más tarde salía en carruaje a tomar aire.

Nos hemos detenido en la reproducción de este testimonio por que contiene lo esencial de muchos de los hechos maravillosos atribuídos a Fray Andresito y por ser el que procede de persona más culta, de mayor notoriedad como hombre público, como gran ciudadano de una integridad que llegó a ser en Chile proverbial.

Son también dignos de recuerdo los testimo-

nios de muchas otras personas que llevan los nombres de antiguas familias y en todos ellos ocurren los mismos caracteres que prueban la intimidad en que el lego era recibido en las «casas grandes» de Santiago, y los mismos detalles de procedimiento en la curación.

Pero no sólo en las enfermedades era consultado Fray Andresito. Todas las crisis de familia le eran sometidas, se pedía su consejo en los matrimonios por hacer y en los hechos y mal avenidos; se le preguntaba por los miembros ausentes y expuestos a peligros; se le encargaban oraciones para los negocios emprendidos, las cosechas y los viajes; se esperaba de él una intervención eficaz cerca de Dios para todas las horas difíciles de la vida.

La familia del Presidente Bulnes debía de tenerlo en grande estimación porque una sobrina del ilustre soldado y estadista refiere su curación por Fray Andresito llamado cuando estaba inválida desde seis meses golpeada contra una puerta del fundo por un caballo desbocado. Y la viuda del General Bulnes, Doña Enriqueta Pinto declaró en 1898 para el proceso de beatificación que cuando en 1851 el General había

partido, al día siguiente de entregar la presidencia a Don Manuel Montt, para mandar el ejército que debía oponerse a los revolucionarios del sur, y se corría en Santiago, entonces sin comunicaciones con aquella región, el rumor de una gran batalla y de que Bulnes había sido herido y hecho prisionero, ella en su angustia habló con Fray Andresito al salir a la calle en busca de noticias y este le dijo: «Tranquilícese Ud.; ya su marido ha salvado y en dos o tres días estará en su casa». Se había peleado, según después se supo, en ese mismo día la batalla de Loncomilla y el General vencedor volvía ya a la capital, termina diciendo la dama.

El grande amigo de Fray Andresito entre la gente adinerada fué Don Francisco Ignacio de Ossa con quien se trataba en la mayor intimidad, tuteándose familiarmente. Es una vieja tradición santiaguina que estando gravemente enfermo el señor Ossa, Fray Andresito le dijo que pediría a Dios por su mejoría; volvió tres dias después a la casa, cuando ya el enfermo mejoraba, y retiró de debajo de la cama sus sandalias que allí había dejado para andar descalzo en penitencia ofrecida por la salud del amigo.

Y fué también su amigo íntimo el célebre Dr. Sazié, fundador de nuestra Escuela de Medicina, hombre de ciencia a quien le tocó parte principal en ciertas constataciones hechas después de la muerte de Fray Andresito.

En los apuros de dinero era frecuente recurrir a Fray Andresito. Una señora que fué la madre de una familia de considerable situación, ha declarado que su marido, en grave apremio para pagar una deuda de negocios, pidió las oraciones del lego a quien una mañana encontró al salir del Correo, para conseguir los veinticinco mil pesos que le urgía pagar, veinticinco mil pesos de esos años en que cada uno valía 48 peniques de oro. El pagaré vencía ese mismo día, la angustia del honrado hombre de negocios era grande. Fray Andresito lo tranquilizó y le dijo que ya encontraría ese dinero de algun modo. A pocos pasos de allí encontró un amigo que le ofreció exactamente esa suma deseoso de entregársela en depósito.

Sor María San Agustín de Jesús, religiosa del Buen Pastor, en el mundo una de las Fernández Concha, cuenta que Fray Andresito anunció a su padre que aquel día se había fallado en su favor un pleito que se seguía en la Serena y de que pendía gran parte de la fortuna de un pariente. La misma declaración, junto con otros favores hechos por el limosnero a su familia, relata en su declaración el senador, gran industrial y financiero, Don Domingo Fernández Concha. Y de uno y otro testimonio se advierte la amistad que el franciscano tenía en la casa. En el hecho intervienen Don Manuel Antonio Tocornal y Don Joaquín Fernández Concha como abogados. La noticia del fallo llegó sólo varios días después a Santiago; en aquel año de 1848 no había telégrafo.

Entre los prodigios de Fray Andresito recogidos por Don Ruperto Marchant Pereira, el eminente sacerdote que fué en su juventud un escritor elegante, figura el de una señora afligida porque no podía cobrar cierta suma de dinero que le debían y le era necesaria. Al torcer una esquina dió con el limosnero de la Recoleta y, éste, sin saludarla ni detenerse, le dijo: «Hoy mismo, señora, y antes de que llegue a su casa tendrá su dinero». Cuando quiso interrogarlo, el lego había seguido su camino. Al volver

a su casa encontró al agente del deudor que le llevaba la suma adeudada.

Y el caso del señor Negrete? La levenda lo cuenta con menudos detalles edificantes. Don Pedro Negrete, caballero piadoso que «aprovechaba sus caudales en hacer bien, levantando a sus expensas la capilla de su nombre en el camino de Colina», había recibido en préstamo de un amigo la suma de diez mil pesos. Hizo con los años gran fortuna y se olvidó de devolver el dinero prestado. Se olvidó tanto y tan bien que ni en sus frecuentes confesiones recordaba jamás esa obligación. En vano entraba a ejercicios y repetía en el tribunal de la penitencia la fórmula en que se acusaba de los pecados «olvidados y mal confesados»: salía de allí con mayor tristeza de ánimo y congoja espiritual. Hasta que conversó con Fray Andrés y éste, mirándolo con la penetrante mirada suya que se iba por dentro de las almas, le recordó su deuda de tantos años. Había que restituir para tener paz del alma y perdón de Dios. El limosnero se encargó de buscar al único sobreviviente de la familia del acreedor, una anciana en gran pobreza, y a ella entregó el señor Negrete la suma que le habían prestado tantos años antes.

Así se convierte el «mochito» en una fuerza social. Consultado en los negocios, lo es también a menudo en problemas matrimoniales; acuden a él las jóvenes que están para elegir marido y las madres que se oponen a un matrimonio. Lo buscan las esposas que quieren reconquistar el afecto de un infiel y Fray Andresito arranca al marido de las caricias de una amante; pone paz en las familias y arroja una luz sana sobre las sombras del vicio y de la inmoralidad. Todo lo hace como si, ausente de este mundo en espíritu, lo recorriera sólo corporalmente, hablando apenas las palabras necesarias y estas no siempre bien inteligibles, hasta hacerse tomar por muchas gentes como un entendimiento obscuro y retardado. Nunca sale de su humildad perfecta, su gran paciencia, su fe en Dios, la Virgen y los santos, que son los que invocados por él, indigno pecador, miserable fraile, realizan los hechos maravillosos dolidos de la miseria y dolor de los humanos.

Hasta se cuenta el caso del caballero que, al volver de un viaje a la República Argentina «encontró a su esposa con guagua», dice la declaración, y creyéndola infiel, resolvió matarla y hasta preparó el arma con que iba a cometer el crimen. Pero llegó Fray Andrés y acercándose a la criatura de pocos meses, le pidió que indicara quién era su padre, a lo que el niño contestó señalando al celoso marido, y se restableció la armonía en el hogar.

Alcanzaban sus poderes hasta aclarar entendimientos obscurecidos, como el de la niñita que no aprendía sus lecciones sino cuando Fray Andrés había tocado su cabecita para acariciarla.

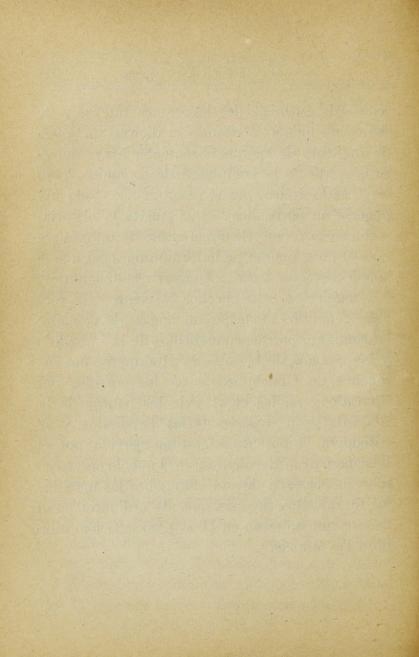
Pero no era cosa de jugar con la intercesión del Siervo de Dios. Bien lo experimentó el caballero, gran jugador que se pasaba las noches en la malilla y el monte y la brisca, y consiguió con un amigo que obtuviera de Fray Andresito un poco del ungüento que daba para la vista y con él se frotó las manos, imaginando que así ganaría siempre, y aquella misma noche perdió hasta su último real castigado por Dios.

Algunos de los episodios de la leyenda formada en torno de Fray Andresito recuerdan los de la crónica franciscana primitiva. El lobo de San Francisco reaparece en los cuatro perros de la chacra del señor Martínez al pie del San Cristóbal, animales justamente temidos por su ferocidad y que se lanzaron un día sobre el limosnero que entraba por el callejón murmurando sus rezos. Pensaba el señor Martínez, testigo de la escena desde un potrerillo lejano, que lo despedazarían, pero vió con asombro que uno le ponía las patas sobre los hombros y los demás se restregaban contra su hábito y el hermano los acariciaba como si los conociese. Y así lo declara, con muchos hechos curiosos, Don Bruno Amaral que fué amigo de Fray Andresito y era primo del señor Martínez.

Que había escépticos no es posible ponerlo en duda. Muchas personas, aun creyentes, ya decían en tiempos de Fray Andresito que aquel lego ignorante, apenas capaz de expresar sus pensamientos en palabras, no podía ser santo; y muchas más aun protestaban de que se introdujera en el cielo de los santiaguinos a esta nueva santa, antes desconocida entre los devotos de este país, Santa Filomena, virgen y mártir. Así pensaba y lo decía sin reticencias una dama que la leyenda llama discretamente Doña Mer-

cedes M. enemiga de devociones nuevas y de santos de moda. Y cuando le dieron un poco de ungüento de los que obsequiaba Fray Andresito, se rió de la credulidad de su amiga, pero luego se lo aplicó, por si resultaba, y «todo fué ponerse un poco, dice la que cuenta la historia, y comenzar a crecerle aquel grano de tal manera que, al poco tiempo, se le formó una llaga que le comió casi toda la cara, de cuyas resultas murió».

Imaginemos estos hechos y cientos de esta clase repetidos de hogar en hogar, de comadre en comadre, por los conventillos de la Cañadilla y las casonas de la calle de Huérfanos, por los ranchos de Chuchunco y en los corrillos del Mercado y en las charlas de los bancos de la Alameda y en el paseo de los Tajamares, y se entenderá la potente sugestión ejercida por el limosnero de la Recoleta sobre el pueblo creyente, sobre la sociedad devota, aun sobre los incrédulos de aquellos tiempos que, de ordinario, eran de esos que no creen en Dios, pero le tienen miedo a las ánimas.



EL HUMILDE INSTRUMENTO

Nunca creyó Fray Andresito en su propia santidad. Los testimonios más íntimos de sus compañeros del convento establecen que siempre se consideró un gran pecador a quien por misericordia, no por sus méritos, Dios y sus santos solían oír. El concepto suyo era que, si señalaba a la atención de los poderes sobrenaturales un caso digno de la misericordia infinita, Dios o la Virgen o sus santos favoritos, San Francisco y Santa Filomena, por pura bondad obraban el prodigio de una curación o le conferían el don de profetizar o de leer en las conciencias.

En varias ocasiones, se podría decir que en casi todos los casos en que se producía una curación notable y que debía tener resonancia, Fray Andresito pedía como un favor que no se contara, que se guardara en secreto, que los be-

neficiados se contentaran con dar gracias a Dios. La fama de santidad le molestaba. Habló de eso alguna vez y solía decir casi con rabia: «Esto de la santidad de que andan hablando...».

Si en estos profundos misterios de la espiritualidad, de la comunicación del alma con Dios, se pudieran emplear términos usados para las cosas materiales, únicos que sabemos los que andamos pegados a este suelo y apenas si podemos entender a un hombre como Fray Andresito, diríamos que hay explicaciones del mecanismo de su santidad o de lo que el pueblo llamaba y sigue llamando tal cosa.

Fray Andresito creía en la eficacia de la oración. Por largas horas reza en el templo, sigue el sacrificio de la Misa, comulga, continúa orando mientras camina por las calles y esto explica mucho de su aparente distracción o ausencia. Hace oración mental. Medita los misterios. A pesar de su accidentada vida de emigrante, de obrero, de campesino en Fuerteventura, conserva un estado de inocencia, de pureza de pensamiento que no estorba su conocimiento del mundo y su penetración de los caracteres y pasiones de los hombres.

Algunas oraciones que dejó escritas y que repetía de costumbre muestran que, como todos los de su raza, tanto los grandes como Santa Teresa y San Ignacio, como los pequeños devotos más sencillos, su plegaria tenía un carácter sensible. Favorita entre sus devociones era la meditación de las llagas de Jesucristo y las que recibió San Francisco con los estigmas, fundido ya en un rapto de amor al Maestro. Fray Andresito veía v sentía como si en carne estuvieran allí, los pies de Jesús, sus manos traspasadas por los clavos, el costado abierto por la lanza, y acercándo a esas heridas sus labios experimentaba un gran placer, sentía su ánimo confortado y todo su ser penetrado de una deliciosa agonía. Lo que en el rudo lego había de ternuras no empleadas, de necesidad humana de un afecto delicado y purísimo, un amor de madre, lo hallaba en la Virgen Madre. Hablaba de ella y con ella como si la tuviera delante. Había pensado mucho en sus dolores al subir por la Vía Dolorosa siguiendo al Hijo cargado con la cruz. Solía preguntar a los frailes más ilustrados qué edad tendría la Virgen cuando su Hijo fué crucificado, y cómo iba vestida, sin duda

porque necesitaba datos realistas, y esto es bien de su raza española, para basar sobre ellos su meditación sobre la vida de los santos personajes. El Niño Dios era objeto de sus ternuras más delicadas. Hasta cuenta la leyenda que en ocasiones, y delante de una imagen de María en contemplación del Niño en el pesebre, Fray Andresito la amenazaba con quitarle a su hijo si no le concedía tal o cual gracia. En todo hay una mezcla, bastante común, por otra parte, en esta clase de místicos, de ingenuidad, de humanidad y de esfuerzo logrado para levantarse por encima de la materia y llegar a Dios.

Pero Fray Andresito sabía que para lograr ser escuchado es preciso hallarse en estado de gracia y por eso confesaba y comulgaba con tanta frecuencia. Para él estos actos eran como la vestidura blanca y limpísima con que debían presentarse en la parábola evangélica los convidados al festín de bodas del hijo del rey. Y como la humana naturaleza es flaca y el demonio ronda por los claustros en busca de los mejores, Fray Andresito castigaba su carne con azotes y llevaba sobre su cuerpo agudos cilicios y ayunaba y se sometía a otras rigurosas penitencias.

Pudo haberse satisfecho su afán de sufrir para merecer la gloria con lo que padecía en sus rondas de limosnero, con los insultos y desprecios que recibía y no debieron ser siempre recibidos allá en lo profundo de su alma con la mansedumbre que aparecía en su rígido exterior. También a esto hizo referencia más de una vez. Acaso su primer movimiento hubiera sido repeler la ofensa, castigar la injuria; pero poco a poco y en el largo ejercicio de sus fuerzas espirituales para la conquista del cielo, aprendió a dominar el impulso humano y a ofrecer a Dios el sacrificio, la humillación, la injusticia sufrida sin quejarse. Bienaventurados los mansos y humildes de corazón, había leído tantas veces en el Evangelio. Estos padecimientos ocasionados por la rutina de su obligación de limosnero o por el desconocimiento de la dignidad del hábito franciscano, ya no lo herían, sino que le causaban gozo íntimo; tampoco hallaba pena alguna o sufrimiento en la jornada diaria de mendicante. Todo esto le era fácil y liviano y así solía decir que con ello ningún mérito ganaba.

Sin duda el movimiento primario de su alma, lo que lo inducía a orar mucho y a mortificarse, era su gran caridad. Por amor al prójimo deseaba ser oído de Dios y obtener para sus hermanos salud, bienestar, paz, conversión a la moral y la sana doctrina. Fray Andresito es ante todo y sobre todo un caritativo, un servidor de la humanidad, un espíritu simple que ha entendido la ley de Cristo: una sola cosa es necesaria: amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Hay pocos datos sobre sus lecturas y aun nos queda la impresión de que leía poco. Sin embargo, se sabe que manejaba sus Evangelios con particular interés y conocía bien la historia de San Francisco y las crónicas primitivas del Serafin de Asis, tan llenas de poesía y en que la pobreza y la humildad son elevadas a la categoría de prodigiosas riquezas y honores singulares. Es un hecho bien observado por cuantos han tenido que ocuparse en la cura de almas entre gentes muy primitivas, campesinos muy pobres, niños del pueblo, mujercitas ignorantes, que estas criaturas sencillas entienden el Evangelio del Cristo mucho mejor que los cultos, los ricos, los que recibieron una educación refinada o poseen una inteligencia superior. El pueblo, en general,

sin distinción de nacionalidades, recibe el Evangelio con tal preparación de espíritu para acogerlo que no necesita explicaciones; y a veces sorprende oír en boca de campesinos muy ignorantes, analfabetos, que no conocen del mundo más que unas pocas leguas en torno de su cabaña, expresiones basadas en el relato evangélico, cogidas aquí v allá de las homilias del párroco o del misionero, y que contienen la misma concepción a que en sutiles y complicadas disquisiciones han llegado los escritores místicos en sus libros. Fray Andresito frente al Evangelio era de estos sencillos para quienes se escribió. No había en los libros santos sentidos figurados o alegóricos, para el lego franciscano, sino una realidad vivida que debía tomarse al pie de la letra. Enseñanzas o advertencias de Jesús, milagros por él obrados, misterios referidos en que entraban los ángeles, suspensiones de las leyes de la naturaleza, tenían para Fray Andresito claridad de hechos indiscutibles y sencillos, explicables por el poder de Dios, por su amor a los hombres, por la obra de la Redención.

Armado de esta manera con su oración verbal y mental, con su conocimiento preciso y realista de las vidas de grandes santos y de lo que había enseñado y prometido Jesucristo a los que siguieran su ley de amor, Fray Andresito no veía cosa alguna extraordinaria en que, si él u otro cualquiera lo pedía con fervor y amorosa insistencia, los poderes del cielo concedieran a los humanos toda suerte de favores.

Los procedimientos curativos de Fray Andresito tienen unas veces intervención humana, como cuando da ungüentos, aceites o infusiones que él mismo preparaba en su celda; pero aun entonces estaban sujetos a la petición hecha al cielo por él mismo y por los beneficiados. Siempre dejaba encargo de que oraran con fervor, de que pidieran

Y como complemento de su petición, ofrecía sus sacrificios, sus mortificaciones, la violencia que hacía a su naturaleza castigándola como si fuera culpable de muchos delitos y como si su aniquilamiento estuviera exigido por su buena posición ante Dios y por su salvación eterna.

Que se había violentado en sus primeros tiempos de vida conventual nos parece indudable. Los incidentes de Montevideo, aunque se atribuyan a la mala voluntad, por otra parte inexplicable, de aquel superior malvado que nos presentan los cronistas de Fray Andresito, permiten suponer sin juicio temerario que el lego no era de fácil gobierno. Estos santos o aspirantes a tales, que siguen el Evangelio con sencillez y que están resueltos a ganarse el cielo a cualquier precio, no son cómodos, aunque sean mansos y resignados y caritativos i piadosos. Fray Andresito debió tener un carácter fuerte y un gran instinto de independencia personal.

En Santiago fué mejor entendido. Los frailes chilenos eran más morales. Estaba asistido por su amigo Echanagucia, hombre austero y de moral irreprochable. Lo recibió el Padre Infante que era un caballero y un buen monje. Conoció aquí y tuvo por amigos y directores espirituales a los padres Crespo y Pacheco, que fueron también personalidades limpias y buenos observantes. Y sin embargo, Fray Andresito no quiso jamás hacer votos y recibir órdenes. Pudo sin gran trabajo y se lo ofrecieron muchas veces, recibir órdenes menores, profesar en la Orden franciscana. Nunca quiso hacerlo y no hay recuerdo de las razones que dió.

Mucho pudo haber de humildad, de que no se sintiera digno; pero siendo la profesión y los votos cosas tan del agrado suyo y que debieron presentársele como nuevas y más fuertes condiciones que le facilitarían la salvación del alma, no es aventurado pensar que en este rechazo debió entrar por mucho su espíritu de independencia personal. No quería ligarse con vínculos indisolubles.

Andamos en este terreno en puras deducciones, porque Fray Andresito hablaba poco de todas las cosas y nunca de su persona o su vida. En más de una oportunidad el Padre Crespo y otros le pidieron que escribiera o relatara de viva voz sus aventuras espirituales, sus hechos curiosos, los favores que había recibido del cielo, los sufrimientos que había experimentado. Se negó siempre, hasta con terquedad. Nadie puede alabarse de saber mucho de las intimidades del limosnero recoleto. Conocemos bastante bien lo que las gentes de toda condición pensaban de él. Ignoramos en absoluto lo que él mismo pudo contar de su existencia y de sus movimientos interiores.

El 16 de Diciembre de 1850, dos años antes

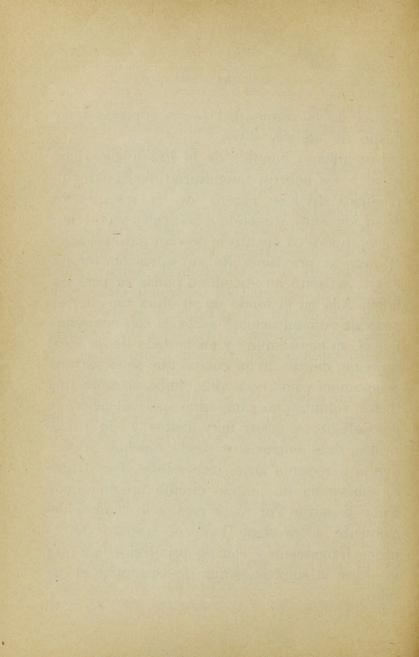
de su muerte, Fray Andresito hizo unas fundaciones piadosas con dinero propio y como acto personal independiente de su carácter de hermano donado franciscano, caso que parece confirmar nuestras conjeturas sobre este rasgo de su temperamento. Hay una escritura pública de esa fecha extendida ante el escribano Don Manuel Joaquín Frías, en que «Fray Andrés García, religioso donado de la Recolección Franciscana, natural de la isla de Fuerteventura, una de las Canarias, y domiciliado en esta capital, comparece y declara que «al arribar a este país trajo consigo la cantidad de quinientos pesos, cuya suma unida a la de cuatro mil quinientos pesos que ha podido reunir de las limosnas que le han hecho muchas personas para el objeto que se indicara, hacen la cantidad de cinco mil pesos». Con esta suma Fray Andrés funda la novena y fiesta de Santa Filomena en la iglesia de la Recoleta para lo cual da cuatro mil quinientos pesos con cuyos réditos al cinco por ciento anual se costearán esos cultos; y con los quinientos pesos restantes hace otra fundación cuyos réditos se aplicarán a veinte misas rezadas que empezarán a celebrarse el 11 de Agosto de cada año y terminarán con una misa cantada que dota en cinco pesos, todas en sufragio de las almas del purgatorio».

En la misma escritura don José Angel Ortuzar declara haber recibido de Fray Andrés la suma total e «impone, carga y sitúa el indicado principal de cinco mil pesos sobre su hacienda de San José situada en el departamento de Melipilla». Siguen los deslindes de la Hacienda situada entre Ibacache, Mallarauquito, Puangue y Las Palmas, la constitución de hipoteca para responder del principal y los réditos y luego toda la palabrería usual en estos obscuros documentos.

El lego había traído de Montevideo un capital equivalente a cuatro mil pesos chilenos de la moneda actual. No se había creído obligado a entregar la suma al convento a cuya sombra se había cobijado con tantas ansias de paz. Había separado de las limosnas que le daban una parte para sus fines propios que eran honrar a Santa Filomena y servir a las benditas ánimas que, como hemos de ver, fueron una de las preocupaciones más constantes de su vida. Y había hecho la fundación él mismo, sin intervención

alguna de la comunidad o sus superiores por medio de amigos suyos.

Instrumento humilde de la Providencia para servir a los pobres; taumaturgo distribuidor de prodigios divinos; obrero de la restauración de su convento, sometido a las reglas y prácticas conventuales en cuanto le servían para asegurar el negocio gravísimo de su salvación eterna, Fray Andresito no abandonó jamás su personalidad. Allá en el fondo de su alma tan desprovista de comunicaciones verbales con sus semejantes, su alma limpia y enamorada de un ideal supremo, dentro de un cuerpo que se arrastraba penosamente por esta vida, hubo siempre una fuerte voluntad de campesino que, silencioso y desconfiado, a pasos muy lentos y sin ruido, realiza fines entrevistos desde muchos años v que le parecieron antes inaccesibles. Por dentro se mueve en un amplio círculo propio donde nadie penetra. Por fuera está a la sombra del convento y prosigue bajo el amparo de la orden franciscana y con los privilegios que ésta le ofrece la empresa ardua de asegurarse el paraiso



EL VELO DESCORRIDO

Es un principio reconocido por los psicólogos que el sacrificio, o sea la renuncia a lo que nos causaría agrado, robustece la voluntad. Negarse a sí mismo, consentir en el sufrimiento, sufrir con paciencia, son prácticas que dan una fuerag asombrosa de voluntad y permiten, cuando el caso llega, pesar sobre espíritus más débiles.

En su estrecho campo de lucha, Fray Andresito había aceptado y aun buscado la mortificación como un medio de asegurar su destino en la otra vida. Para ello había domado sus pasiones, renunciado a los goces carnales, purificado sus deseos de todo lo que no fuera la aspiración a un perfeccionamiento espiritual absoluto, vencido la cólera, la sensualidad, la ambición. Toda su vida, lo mismo lo que de ella se sabe antes de llegar a Chile, que en cuanto la

tradición escrita o hablada ha transmitido de su paso por este país, donde llegó a ser un personaje popular y sus acciones fueron rigurosamente registradas por la opinión dentro y fuera del claustro, el lego limosnero mostró un dominio férreo de sus pasiones.

Hablaba poco, pero meditaba y oraba constantemente. Estos concentrados son terriblemente fuertes. Incapaces a veces de cualquiera muestra de física superioridad, apenas habilitados para traducir en palabras entrecortadas sus pensamientos, tienen una gran potencia para querer y acumulan dentro de sí extrañas y misteriosas energías espirituales.

De estos era Fray Andresito. Todos los testimonios lo describen como un hombre de difícil expresión, y todos como un enérgico en la voluntad para el bien, y un penetrante y agudo conocedor del alma humana. Procede por intuiciones. No se da cuenta él mismo de que está leyendo los rostros, pero los lee y en sus frases mal hiladas, breves, como sentencias de oráculo antiguo, a veces poco comprensibles en el primer momento, dice el pensamiento oculto de aquellos a quienes ha mirado con la honda piedad y la

austera pasión de verdad de sus ojos melancólicos y tiernos.

No es menester recurrir al concepto ordinario del milagro o suspensión de las leyes naturales para entender que un hombre con la vida de Fray Andresito y la aureola que lo rodeaba desde muy poco después de comenzar sus trabajos de mendicante en Santiago, podía llegar a un poder de sugestión que llevaba a los circunstantes a entregarle el secreto de su alma. Esta comunicación mental que alcanzan vulgares personajes con fines de exhibicionismo. mucho mejor podía obtenerla el austero lego cuya vida era toda entera una gimnasia de la voluntad y un perpetuo robustecimiento de sus fuerzas espirituales a costa de las corporales. Fray Andresito descorría sin esfuerzo el velo que cubre los rostros humanos; no en todos los casos o a cada paso, sino cuando le parecía que era bueno, que causaría un bien, ahondar en el alma del que tenía delante.

El caballero que tras largos ruegos de su mujer consiente en confesarse y dice que lo ha hecho, engaña a la ingenua esposa y la hace vivir en un paraíso falso. Fray Andresito lo mira grave y dulce a la vez: «Ud. ni siquiera ha pensado en confesarse; debe hacerlo». Y volviéndose a la esposa: «Señora, su marido la engañó, pero no volverá a engañarla».

Son muy numerosos en la leyenda de Fray Andresito los casos en que predecía a muchachas de las familias que frecuentaba su futura vocación religiosa. A veces decía con aire indiferente a una que se mostraba muy entusiasta por entrar a un monasterio: «Ud. no será monja, pero su hermana lo será». Y aquellas criaturas, ya preparadas por la fama del lego para creer en sus oráculos, concluían por darle la razón. Espíritus débiles, tiernos, abiertos como un libro delante de la mirada penetrante del limosnero silencioso, no era tan singular que pudiera leer en ellos.

Entraba un día Fray Andresito en la antigua Posada de Santo Domingo, que por tantos años fué el último refugio del colorido colonial en las calles de Santiago. Allí estaba con varios amigos Don Juan Nepomuceno Espejo, padre del educacionista del mismo nombre. Fray Andrés pasaba delante de ellos su alcancía. Espejo, uno de los espíritus libres de su tiempo, le hizo algunas bromas. «Mejor será, dijo el lego, que

piense en confesarse». «Lo haría, dijo Espejo, si Ud. me adivinara cuándo lo hice por última vez». Y cuenta la crónica que el lego le dijo en voz baja la fecha exacta de su última confesión, ya algo remota. El caballero impresionado le dió una moneda y todavía Fray Andrés le predijo que esa moneda lo salvaría, pues dentro de poco escaparía de un peligro grave. Y en un próximo viaje a Talca cayó del caballo. No hay posibilidad de investigar hoy la exactitud de estas tradiciones santiaguinas cuando ha pasado sobre ellas cerca de un siglo. Ni tenemos interés nosotros en hacerlo. Las recogemos como están en su primitiva frescura y en el encanto de su poesía.

Una señora declara en el proceso de beatificación que en casa de su padre entró Fray Andresito y mirando fijamente a tres personas que allí estaban dijo al primero: «Si hoy mismo no se confiesa, morirá impenitente» y al día siguiente le dió la peste y murió en tres días; y al segundo de los hombres: «Tú no eres casado y estás engañando al dueño de casa; pídele que te dé la plata y te casas»; y al tercero de ellos, joven de 16 años: «Dile a tu padre que te eche a ejercicios

para que conozcas a Dios», y era cierto que jamás se había confesado.

Son muchos los casos referidos de personas que habían hecho secretamente, dentro de su alma, una promesa de darle tal o cual limosna a Fray Andresito y en viéndolos éste les cobraba la «manda» y solía reconvenirlos por no haberla cumplido todavía.

El señor F. Risopatrón, cuñado del conocido político Don Jovino Novoa, cuenta en una carta que este último pidió al lego limosnero al entrar a su casa que rogara a Santa Filomena por algo que mucho deseaba, y le daría como limosna lo que llevaba en el bolsillo si adivinaba cuánto era. «Bueno, bueno, replicó Fray Andresito, pediré a la Santa, porque la limosna es buena: Ud. tiene en el bolsillo una onza de oro». Y así era, dice el testigo.

Fama especial dieron al lego los casos que se contaban de objetos perdidos y hallados por su visión de lo oculto. Así el candelero del Padre Echanagucia, uno de los primeros hechos que atrajeron la atención, y que Fray Andresito fué a buscar sin vacilación alguna al taller de un zapatero por allá por el barrio de Yungay, donde escarbó en un canasto y sacó el objeto robado.

Pero los santiaguinos de mediados del siglo XIX no sólo creían que Fray Andresito podía conocer el pensamiento ajeno y descubrir objetos ocultos y leer en las almas, sino que además le atribuían el don de profecía.

Hay una larga lista de predicciones de Fray Andresito. No todas han sido recogidas por sus cronistas. Algunas son de carácter privado y se refieren a la suerte de personas determinadas, anuncios de muerte, predicción de resultados de negocios, advertencia de peligros. Pero las hay también que se refieren a sucesos públicos y aun históricos.

La más célebre de todas es la de la batalla de Loncomilla, aun cuando este hecho podría más bien calificarse de visión a distancia, o como se llame en la ciencia de esos milagros. Desde que comenzó la guerra civil de 1851, Fray Andresito estaba inquieto y dolorido, rezaba mucho, encargaba oraciones y aun hizo la penitencia de andar descalzo hasta que se restableciera la paz. La lucha entre hermanos lo acongojaba. Las revoluciones, de que había tenido triste experente.

riencia en el Uruguay, le parecían cosa del demonio.

El 8 de Diciembre los frailes de la Recoleta vieron a Fray Andresito hundirse por horas desusadas en oración. Lo suponían en éxtasis por su inmovilidad. Después, observaron que vagaba por los claustros desasosegado, con señales de grande amargura en el rostro. Lo interrogaron v contestó lacónico: «Mueren muchos hombres, mueren muchos». Por fin, al caer la tarde, alzóse de su oración y dijo sonriente: «Demos gracias a Dios, ya ha dejado de correr sangre y los jefes celebran un convenio». Se anotó el día y la hora de estas extrañas expresiones del lego. Dos días después llegó a Santiago la noticia de la batalla de Loncomilla y de los pactos de Purapel. «Es evidente, dice el señor Marchant Pereira, su biógrafo, que en espíritu Fray Andrés había presenciado todos los incidentes de la luctuosa jornada».

Hay muchos episodios de predicciones. A aquella señora afligida por la larga ausencia y silencio del hermano que partió a California en los días del oro, le anuncia que está vivo y volverá pronto. A tal otra joven, que le pregunta

si se casará y con quién, le entrega una imagen de San José y otra de San Antonio y al cabo de un tiempo se casa con José Antonio Venegas.

El célebre jurisconsulto Don José Clemente Fabres ha relatado en una carta muy larga y escrita en el nervioso estilo, claro y preciso, tan personal suyo, el caso de Don Juan Nepomuceno Parga, Intendente de Colchagua, que traía de un señor Gacitúa, vecino de San Fernando, encargo de entregar a Fray Andresito doce onzas de oro para el culto de Santa Filomena y petición de que dijera si le convendría un viaje a Europa aconsejado por los médicos para su grave enfermedad. El lego se negó a recibir la suma porque Santa Filomena, tenía va renta bastante para su culto; y estuvo indeciso, dudoso, al hablar del viaje a Europa. El señor Gacitúa, siempre en compañía del Intendente Parga que alojaba en casa de Don Manuel Antonio Tocornal, vino a Santiago a terminar una novena de la santa milagrosa y fué con Parga al convento de la Recoleta en busca de Fray Andrés. Insistía en su anhelo de tener su opinión sobre su dolencia y su proyectado viaje. Arrodillado estaba Gacitúa en presencia de Parga delante del altar de Santa Filomena, cuando vió este último que Fray Andresito le ponía sobre el cuello el cordón franciscano y Gacitúa caía sobre las gradas del altar. «Ha muerto, dijo el lego, y voy al claustro a buscar mortaja y un féretro para hacerle en esta iglesia sus exequias». Y estaba muerto, según constataron los médicos, contaba más tarde Parga en la tertulia del señor Tocornal.

Don Crescente Errázuriz contó muchas veces que, cuando él tenía solo trece años, su madre preguntó a Fray Andresito si alguno de sus hijos sería sacerdote. El lego puso su mano sobre la cabeza del niño Crescente y dijo: «Este será», predicción que por muchos años pudo parecer errónea, pero que se realizó en la edad madura del ilustre escritor, que no parecía hasta entonces destinado a la vida eclesiástica. El Arzobispo Errázuriz hizo siempre especiales manifestaciones de su veneración a Fray Andresito.

Ignoramos si antes de 1891 se había escrito o repetido oralmente esta tradición, pero durante la revolución de ese año no quedó persona devota en Santiago que no repitiera lo que después se ha declarado por varios testigos: que Fray Andresito había dicho en 1851 que cuarenta años más tarde habría otra guerra civil y más sangrienta que la anterior. Tampoco hay testimonio fehaciente de la otra predicción muy popular en 1888, cuando hubo grandes inundaciones, epidemia de cólera y, entre otras calamidades, se hundió el puente de Cal y Canto donde penaba el ánima gloriosa de Fray Andresito. Pero entonces todos repetían que el lego había dicho varias veces: «Líbrenos Dios del año de los tres 8».

Ni aun aquí se detiene la fe popular santiaguina en los dones espirituales de Fray Andresito. Se le atribuye ubicuidad, poder de estar o mostrarse en más de un sitio a la vez. El señor Marchant Pereira asegura que en varias ocasiones se le vió en el convento haciendo oración y al mismo tiempo lejos de alli socorriendo a gente pobre. El mismo biógrafo, ya lo hemos visto, creía que había visitado sin salir de Santiago el campo de batalla de Loncomilla.

Por último, hay también declaraciones de gentes que aseguran haberlo visto suspendido en los aires mientras oraba. En casa del General Calderón que está moribundo, Fray Andresito pide que lo dejen retirarse a un cuarto para orar por el enfermo; lo atisban por el ojo de la llave y lo ven «suspendido varios pies del suelo». En casa de las señoras Botarro, y mientras hace oración, «pudieron contemplar al Siervo de Dios que, puesto de rodillas, y con las manos cruzadas sobre el pecho, se había elevado muchos palmos en el aire». Un caballero, que se llamaba Simón González, ha declarado que una noche, mientras se rezaba el Vía Crucis en la Recoleta, el mismo vió a Fray Andrés «elevarse en el aire más de una vara durante la meditación, mientras su rostro se transformaba y embellecía del modo más extraordinario».

Es muy probable que si algún día se llega en Roma al examen de estas declaraciones ingenuas, sinceras y de muy difícil comprobación, los tribunales pontificios que conocen en materia de canonización o beatificación de Siervos de Dios, se muestren excépticos. Lo son de ordinario. Pero nuestro objeto es, ante todo, no despojar a la leyenda del limosnero de todo el calor con que la incubó y la guarda el pueblo de Santiago y ahora el de todo Chile.

Fray Andresito, que en nombre del bien y de

la verdad descorre el velo de las almas, que a muchas leguas oye el lamento de los que mueren en la batalla fratricida, que en sus éxtasis para pedir por los que sufren se alza de la tierra y se avecina a los cielos, no depende en el alma popular de una declaración romana. Santo oficial o no, será siempre para nuestro pueblo «el milagroso Fray Andresito».

SANTA FILOMENA

En diversos episodios de la vida de Fray Andresito hemos encontrado hasta aquí a hombres de notoria cultura intelectual, religiosos o seglares. La amistad que profesaron al lego limosnero bastaría para probar que no era Fray Andresito un personaje vulgar, sino un espíritu digno del más alto interés, aun considerado humanamente y sin prejuzgar sobre su santidad. A ese número pertenecen sin duda los franciscanos Echanagucia, Infante, Crespo y Pacheco, todos frailes de gran virtud y de cultura reconocida. Todos esos y otros más lo tuvieron por hombre extraordinario, consultaron con él asuntos delicados y sin ir en sus juicios, muy prudentes sobre los llamados milagros, más allá de lo que la Iglesia misma va en esta materia, consideraron que era un ser colocado fuera de las condiciones usuales.

Entre esos amigos eminentes debe contarse al ilustre presbítero argentino Castro Barros que tuvo sobre Fray Andresito una decisiva influencia y fué, según todas las noticias, el que le comunicó la devoción a Santa Filomena.

El Dr. Don Pedro Ignacio Castro Barros, cuyos restos fueron repatriados por el Gobierno argentino durante las celebraciones del centenario de la Independencia como reliquias de uno de los próceres de la emancipación política de las provincias del Río de la Plata, fué diputado del histórico congreso de Tucumán en 1816 y luego del de Buenos Aires y del de Corrientes en 1826. Revoluciones políticas y persecuciones religiosas lo obligaron a emigrar a Chile. Aquí enseñó Teología e Historia Eclesiástica en el Seminario de Santiago y Filosofía en la Recoleta Franciscana donde lo conoció Fray Andrés. Era doctor en Teología y Bachiller en Derecho. Se le tuvo siempre como hombre de letras humanas y divinas

Castro Barros tenía un folleto sobre Santa Filomena y lo dió a leer a Fray Andresito. El lego quedó literalmente enamorado de la dulce criatura, Virgen y Mártir, cuya vida aparecía en ese pequeño libro y de cuyos milagros se comenzaba a hablar en todo el mundo católico. En Chile poquísimas personas habían conocido a esta santa y no existía su culto o devoción.

Era Santa Filomena una santa nueva a mediados del siglo XIX, que aunque vivió en alguno de los primeros siglos de la era cristiana, sólo fué encontrada, puede decirse, en 1802. Ese año las excavaciones metódicas que el Gobierno pontificio hacía practicar en las catacumbas, revelaron una tumba sobre cuya piedra había la inscripción «Philumena, pax tecum», y esculpidas en el mármol un látigo, una ancla, una flecha y una palma. La palma indicaba su martirio; los otros símbolos eran, según la costumbre de estas inscripciones sepulcrales cristianas, los instrumentos con que había sido martirizada; probablemente había sido condenada por su fe cristiana a la pena de azotes y luego arrojada a un río con un ancla al cuello. Históricamente, es todo lo que se sabe de Santa Filomena.

Pero he aquí que una monja de gran fama, recluída en un convento de Nápoles, hizo saber que había recibido revelaciones sobre la virgen Filomena. Esta habría venido a Roma con su padre, príncipe griego, cuando sólo tenía trece años; deslumbrado por su maravillosa belleza, el Emperador Diocleciano la habría pedido como esposa, y la joven, que ya había ofrecido al Cristo su alma, su amor y la pureza de su cuerpo, habría rehusado, incurriendo así en el desagrado imperial. Diocleciano la habría mandado azotar y hecho arrojar en seguida al Tiber atada a una ancla; pero los ángeles supendieron el cuerpo de la virgen sobre las aguas y ella volvió a la ribera. Entonces el Emperador enfurecido la habría hecho asaetar y por último decapitar.

La Iglesia Romana no se ha pronunciado sobre estas revelaciones que hoy forman para los fieles, como lo fueron para Fray Andresito, la historia de Santa Filomena; pero el culto de esta mártir (sobre su martirio no hay posibilidad de dudas), está autorizado desde largo tiempo y diversos Pontífices, entre otros Pío IX y León XIII, han estimulado esta devoción. Mucho ayudó a la difusión del culto de Santa Filomena el célebre Cura de Ars, Juan Bautista Vianney, canonizado en 1927, que tuvo por Filomena la más

grande veneración y recomendó a los fieles recurrir a su intercesión.

La historia o levenda de la virgen griega sedujo a Fray Andresito. Su imaginación no había encontrado hasta ahora nada más bello, más penetrado de encanto misterioso que esta bella joven princesa que renuncia al trono imperial para darse toda a su esposo divino, que por conservar su pureza y su fe cristiana sufre los furores del César, es encerrada en un calabozo y flagelado su cuerpo virginal, flota sobre las aguas del río en brazos de los ángeles, luego es acribillada de flechas y por fin decapitada. En la soledad de su celda y en sus conversaciones con el profesor de filosofía del convento, el venerable Castro Barros, Fray Andresito seguía estos episodios maravillosos y comentaba los numerosos milagros de Santa Filomena en Italia, en Francia y otros países relatados en el pequeño libro que el teólogo y revolucionario le había prestado.

Sintióse atraído Fray Andresito a Santa Filomena con un amor extraterreno, pero en el cual entraban la admiración por la belleza de la virgen, por la fuerza prodigiosa de su voluntad entregada al Cristo, por sus padecimientos y su triunfo. Comenzó a encomendarse a ella y a pensar en ella a todas horas. Habló de Santa Filomena a sus amistades; puso su imagen al lado de la de San Francisco en la alcancía de limosnero, aconsejó que se rezara a la nueva santa y cada vez que se le pedía la salud o felicidad de alguien, respondía que iba a solicitarlo de Santa Filomena.

En el alma del silencioso, detrás de la obscuridad de su exterior, había, sin duda alguna, un gran depósito de ternuras sólo empleadas en la caridad con los pobres. Le hacía falta algo más íntimo, un amor más cerca de la tierra, más parecido a los que la naturaleza nos impone. La virgencita con la palma y el ancla cuyos huesos venerandos habían aparecido en el fondo de una catacumba romana con el nombre de Philumena y la invocación del sueño de la paz, llenó de una poesía sencilla y delicada, de un amor tierno y puro el espíritu del lego, tantas veces angustiado por la miseria humana y los temores del infierno. Por fin, he aquí algo celestial y humano a un tiempo que viene de los cielos a hacerle compañía y ayudarlo en la misión que se ha impuesto.

En su entusiasmo, Fray Andresito adopta el nombre de la santa y se hace llamar y se firma Andrés Filomeno García.

Por aquellos tiempos cambiaban con frecuencia las modas devotas en Santiago de Chile. Santos o advocaciones del Cristo y de la Virgen María que entonces alcanzaban mucho favor público, hoy están olvidados. Los de mediados del siglo eran diversos de los que habían imperado en los días coloniales. Santa Rita abogada de imposibles, San Antonio para hacer matrimonios, el Señor de la Buena Esperanza, el Niño Dios de las Capuchinas, apenas si tienen ya devotos. San Expedito alcanzó un breve período de popularidad. Santa Filomena, Hija de la luz, como traducen su nombre, vino a Chile en brazos del humilde lego de la Recoleta Franciscana y vino para quedarse. Años después el eminente sacerdote Don Ruperto Marchant Pereira fundaba el Santuario de Santa Filomena en el barrio de la Recoleta y desde entonces este culto se ha difundido por todo Chile.

Fray Andresito solía hacer versos. Buen hijo de la raza española en la cual toda pasión llega a un punto en que necesita de la rima y del ritmo,

el lego canta a Filomena, hace el romance de su vida:

> En el nombre del Señor Y la que es de gracia plena

Para poder elogiar a la Virgen Filomena.

Son versos pobres de literatura, pero tienen el carácter de los romances de ciegos que florecían tanto en Chile por aquella época.

La celebra cantando sus alabanzas; elogia su hermosura y su poder cerca de Dios al son de pandero. Reminiscencias de sus días de campesino, Fray Andresito toca el instrumento popular y traduce en sones y danzas pueriles toda la gran piedad de su alma y su amor. Esta forma de oración por medio de la danza y del canto han sido tradicionales en España y se transmitieron a América. Danzan con castañuelas delante del Santísimo Sacramento los niños del coro, los seises, de la Catedral de Sevilla. Cantan, danzan y recitan versos de su composición los chinos y danzantes de nuestro Santuario de Andacollo. ¿Y acaso no danzaba delante del Arca el gran

poeta y artista maravilloso que fué el Rey David? El oriente poético ha llegado a través de España hasta el lego humilde de la Recoleta santiaguina y le ha inspirado sus canciones y le ha movido a tocar el pandero en honor de Santa Filomena o del Niño Jesús para el cual componía a modo de villancicos de su tierra.

Los más graves biógrafos eclesiásticos de Fray Andresito afirman que tenía gran familiaridad con la Santa y algunas veces le hablaba pidiéndole que obtuviera de Dios la salud de un niño o cualquier otro favor. Solía llamarla «chinita» y con ese término cariñoso y popular en Chile se dirigía a ella en alta voz. Todo la refería a Santa Filomena en sus últimos años de taumaturgo. Advertía a las madres afligidas que tuvieran cuidado con la Santita porque era «muy aficionada a llevarse los niños al cielo». Y cuando veía logrado el objeto de sus ruegos, prorrumpía en exclamaciones atribuyéndolo todo a Santa Filomena.

Pero el sueño de Fray Andrés, «el amartelado amante de la virgen griega», como lo llama el venerable Padre Uteau, uno de sus biógrafos más ingenuos y cuidadosos, era construir en la Iglesia de la Recoleta un altar de Santa Filomena para que tuviera su culto suntuoso y especialísimo. Ya hemos visto que de las limosnas separaba aquellas que los donadores destinaban a este objeto particular y logró así en 1850 construir el altar e inaugurarlo con desusada pompa.

Algo de lo que significaba Fray Andresito en la sociedad de Santiago, y al decir sociedad no excluimos clase alguna, se puede deducir de las informaciones con que los diarios de la época, aun los más liberales, como «El Ferrocarril» y «El Mercurio», dieron cuenta de la inauguración del altar de Santa Filomena, que el último de esos periódicos llama «la santa popular por excelencia en la capital».

Todas las figuras retóricas más complicadas, las comparaciones más deslumbradoras, los epítetos más puntiagudos, ha movilizado el corresponsal de «El Mercurio» en Santiago para describir el altar, los ornamentos, las flores artificiales «que habían venido de Francia en 18 cajas», y los hachones que parecían de plata y los blandones para la grada de la Santa «que tienen una vara y son los mejores y más vistosos», y los ángeles dorados «con sus alas recogidas,

pero en actitud de andar, que tenían en sus manos unas cadenillas de las cuales pendían braseros en que se quemaban perfumes». Pero el periodista ha dejado lo mejor de su vocabulario para describir el «terno», es decir el juego de casulla y dalmáticas con que deben revestirse los oficiantes. La casulla tenía bordada en plata la imagen de la Santa; las dalmáticas, los símbolos de su martirio. Y todo hacía juego con el terno: las mucetas, las capas pluviales, los paños de atril y del púlpito, las albas y cíngulos, el cáliz, las vinajeras y el jarro con su palangana de plata. Y todo lo enumera y pinta con delectación personal el periodista de 1850.

Ese mismo año, dos antes de su muerte, hizo Fray Andresito ante escribano y con las formalidades legales, no como lego franciscano, sino como ciudadano particular hijo de Fuerteventura, sus fundaciones piadosas a que ya hemos aludido y que aseguraban con sus réditos la perpetuación del culto de Santa Filomena en la Recoleta Franciscana de Santiago. Y nunca más su nombre fué separado del de la virgencita para quien los cristianos primitivos habían pedido al Cristo su paz, la joven martirizada con azotes,

con un ancla, con saetas y que había merecido una palma. Se pide a Fray Andresito que ruegue a Filomena y ésta obtenga de Dios. En la tosca imaginería popular el rostro hirsuto y prematuramente envejecido del lego aparece en contraste con la dulce juventud de la Santa. Y ambos se miran y se entienden en un diálogo eterno que sólo pueden escuchar los que ponen en ellos su esperanza a la hora de la angustia negra y la desolación.

POR LAS BENDITAS ANIMAS...

Los muertos ocupan mucho más lugar en la vida de los vivos entre los pueblos de origen latino que entre los sajones o nórdicos en general. En las naciones que permanecieron fieles a la tradición Católica Romana, particularmente en España e Italia, las costumbres señalan períodos de lutos muy largos; las ceremonias religiosas para los muertos son siempre más solemnes; se multiplican los sufragios o actos de piedad «por el descanso del alma»; los cementerios son más suntuosos y visitados con más frecuencia; cada familia sigue en una especie de comunidad con sus muertos por el recuerdo constante que de ellos se hace en la oración y en los cuidados y ornamento de las tumbas.

Fray Andresito conocía bien los dogmas de su religión. Sabía cual era el sentido admirable del de la Comunión de los Santos. Hay tres Iglesias: la militante, compuesta por los que aun luchan en este mundo; la que purga sus faltas en el Purgatorio, sitio de dolor y tinieblas, castigo transitorio; y la triunfante formada por los cristianos que llegaron por fin al goce perdurable del cielo. Estas tres Iglesias forman un solo cuerpo cuya alma es el Espíritu Santo. Pero lo interesante, lo que hace de este dogma una de las creencias más consoladoras y bellas, es que las buenas obras y ruegos de los que aquí luchan pueden aprovechar a los que sufren en el Purgatorio como puede la intercesión de los bienaventurados amparar en sus necesidades a los vivos. Es un comercio espiritual continuo que liga a todos los cristianos cualquiera que sea el estado que su alma atraviesa

Las benditas ánimas del Purgatorio se mezclan sin cesar a la vida popular chilena. Fray Andresito les consagró los mayores y más constantes esfuerzos de su vida. Hubiera querido hacer muchos méritos para librarlas de sus padecimientos, de las llamas en las cuales las veía sufrir tendiendo los brazos hacia el cielo en las imágenes de la Virgen.

El terror al Purgatorio era una de las preocupaciones de Fray Andresito, como lo era en alto grado de sus contemporáneos de la clase popular y de todos los buenos creventes en general. Cuando murió el Padre Infante, su amigo y protector, con gran fama de virtudes, Fray Andresito, dice uno de sus biógrafos primitivos, «ofreció por el descanso de su bendita alma, si por ventura estaba purificándose de algunas faltas que hubiera contraído por la humana flaqueza, toda clase de mortificaciones y demás buenas obras». Anduvo entonces descalzo en sus correrías de limosnero durante varios meses, penitencia que más tarde se aplicó también, como ya se ha dicho, durante la enfermedad grave de su amigo Don Francisco Ignacio de Ossa v cuando la República pasó por la guerra civil de 1851

No dice la crónica quién le concedió este privilegio, pero si afirma que tenía 40 días de indulgencia aplicables a las ánimas del Purgatorio por cada paso que daba en su misión de limosnero. Y como entonces no había tranvías, y Fray Andresito andaba por la ciudad y salía a los campos hasta grandes distancias, ya se presumen

los siglos de indulgencias que ha ganado para sus ánimas.

Por donde fuera, Fray Andresito hallaba vivo este culto de los muertos. Los caminos de Chile están todavía llenos de «animitas». Donde murió alguien asesinado o por accidente, los vecinos arreglan con piedras y pedazos de tejas y latas un rincón para encenderle velas. Hay animitas en las playas; un montón de piedras señala en la arena el sitio donde el mar arrojó un cadáver. Las hay en las cuestas más escarpadas de la cordillera, a la orilla de las carreteras más solitarias, a la entrada de pueblos y aldeas. De noche brillan las velas consagradas a las animitas y en los ranchos se cuentan los milagros que hacen.

Y conviene ocuparse de las ánimas, piensa nuestro pueblo. A veces una luz temblorosa aparece en la noche profunda y sigue al caminante; otras un bulto blanco le sale al paso y se deja caer por el barranco; a menudo se oyen en ciertas casas golpes, suspiros, ruidos medrosos. Son ánimas que penan en demanda de oraciones. Don Andrés Bello ha dado forma poética a esta creencia cristiana en algunas de las más bellas estrofas de la última parte de su «Oración por

Todos». Su hija ha oído, sin duda, a la hora del crepúsculo «cuando en el campo con pavor secreto—la sombra ves que de los cielos baja... una doliente voz que dice: Niña, cuando tu reces ¿rezarás por mí?—Es la voz de las almas. A los muertos que oraciones alcanzan, no escarnece el rebelado arcángel...» El poeta mismo será un día huésped de la morada obscura e invocará el ruego de un alma pura, que dé consuelo a su largo penar. Entonces le será dulce que su hija implore para él la eterna paz.

Para Fray Andresito la oración por los muertos y el ofrecer por ellos sacrificios de toda especie, no era una poesía, sino un deber de caridad. Los muertos son hermanos suyos que esperan socorro, tales como los vivos. A estos da pan, vestido, consuelos, remedios en la enfermedad del cuerpo y del alma. A los otros, a los de la Iglesia purgante, tiene que darles oraciones, misas, súplicas, buenas obras, mortificaciones a fin de librarlos del fuego del Purgatorio.

Teme olvidarse de algunos y lleva un cuidadoso registro de sus muertos, de los que llegan a su conocimiento, de sus amigos, de gentes a cuyo tránsito asiste. Estas listas de muertos son ape-

nas indicaciones con un nombre, con dos o tres palabras que expresan las circunstancias especiales de la muerte. Son conmovedoras y revelan el intenso ardor de caridad del lego, su inmensa fraternidad humana, su fe en la oración, las delicadezas íntimas de su alma luminosa encerrada en un barro deleznable y siempre en espera de la luz que no muere.

Muchos de los muertos están designados con su nombre y entre ellos hay gente pobre y senoras y caballeros de la sociedad aristocrática que le daba limosnas. A veces es nada más que «un cigarrero calle de la Merced, de postema: una niñita de nueve años; un padre de Santo Domingo». Otras indican circunstancias particulares que tal vez lo hacían temer mucho más por la salvación: «Dos viniendo de California», aventureros que volvían de la locura del oro v habían hecho allá quién sabe qué vida de desorden; «otro en la fiesta de Yungay», «un señor que no se quiso confesar»; «otro murió de repente por la Cañadilla»; «una ahogada en una acequia»; más grave aún el caso que dice en el registro: «una pobre cayó muerta con la guitarra en la mano calle de los Olivos», tal vez una mujer de vida airada que para todos alcanza la caridad del hermano Andresito y la misericordia de Dios; y por fin en una línea trágica: «Fl 24, día de San Juan, se llevó el río porción».

Y había un día en que Fray Andresito se multiplicaba regocijado porque podía sacar más ánimas del Purgatorio que en ninguno otro del año. Era el 2 de Agosto, jubileo de la Porciúncula concedido por el Papa Honorio a San Francisco de Asis, primero como privilegio de la pequeña iglesia donde nació la Orden, y luego para todas las iglesias franciscanas. Miles de personas, hombres y mujeres, patricios y plebeyos, acudían en Santiago y en todas las ciudades de Chile a las iglesias de los franciscanos y de las clarisas para ganar esta indulgencia. Desde la salida a la puesta del sol, términos fijados para la indulgencia, entraban y salían muchedumbres en esos templos. Confesados y comulgados, hacían ciertos actos de piedad, recitaban las oraciones prescritas, unas dentro del templo y otras en el pórtico, «sacando ánimas del Purgatorio». Fray Andresito parecía reinar entonces en su iglesia de la Recoleta, rezando en común con los fieles, estimulándolos, recordando él mismo uno por uno a sus muertos cuyas largas listas tenía en el bolsillo, tales como todavía se conservan, por lo menos las últimas que hizo, para evitar que un defecto de su memoria fuera causa de olvido.

Eran muy usadas por ese tiempo las ceremonias religiosas nocturnas. Se comía temprano, entre 5 y 6 de la tarde. Después se iba al rosario, al mes de María, a la novena propia del mes. De noche predicaban los grandes oradores sagrados y se celebraban los actos piadosos más populares. Las iglesias iluminadas con miles de velas recibían multitudes enormes especialmente en las veladas tibias del Mes de María. Unos por piedad sincera, otros por consideraciones sociales, eran raros en tiempos de Fray Andrés los hogares de donde no partían algunos miembros de la fámilia para estas «distribuciones» como se las llamaba.

Muchas noches reunía a sus pobres en la Iglesia de la Recoleta y con ellos rezaba el Vía Crucis, el dramático recuerdo de la Pasión de Cristo desde la condenación a muerte hasta la sepultación, deteniéndose los fieles delante de cada uno de los catorce cuadros que en los muros

de las naves del templo representan las estaciones de la vía dolorosa. Fray Andresito, con fervor que se comunicaba a los fieles, llevaba el coro en estas oraciones y pensaba en sus muertos que podían aprovechar de ellas

Y más de una vez se le vió encaminarse al Cementerio de Santiago llevando en las manos una gran cruz negra, seguido por centenares de personas, casi siempre gente del pueblo, procesión sombría que iba dejando por la Recoleta y las callejuelas que entonces conducía al Panteón el eco de sus plegarias repetidas en alta voz. Allá en el Campo Santo continuaban rezando. aliviando a las ánimas benditas, repitiendo en voz sorda, gemebunda, la súplica dolorida, las plegarias que podrían sacarlas de su destierro. Y al caer ya las sombras en el rápido crepúsculo de nuestra tierra, el lego vestido de gris con su gran cruz en alto, seguido de sus pobres, volvía a su convento, y las mujerucas y los hombrecitos contristados se dispersaban por la Chimba, la Cañadilla, o pasaban medrosos el Puente de Cal y Canto alumbrado por una pálida claridad del reflejo de las aguas.

Para ellos, para sus muertos, para las ánimas

benditas, fundó Fray Andresito, como ya se ha visto, su capellanía de veinte misas rezadas y una cantada que perpetuamente se celebrarían y aun se celebran «todas en sufragio de las almas del purgatorio», dice la escritura. Hubiera querido tener más dinero para dejar establecida una de esas corridas de misas gregorianas que mutuamente se prometían con su amigo Ossa. Pero eran muy caras y su pequeño tesoro, producto de las limosnas, no le alcanzaba sino para esas misas comunes que salían a cinco pesos la más importante, que era la cantada.

La fe en Dios, la esperanza de una vida mejor, la caridad con sus hermanos de este mundo y del otro, fueron siendo a medida que los años pasaban los impulsos poderosos que movían el alma de Fray Andresito y levantaban su voluntad hasta el sacrificio y encendían dentro de su mente un anhelo infinito de alcanzar la gloria de lograr que un día Jesucristo lo recibiera como su discípulo y San Francisco de Asis y Santa Filomena, testigos de su vida, lo presentaran al Señor.

LA MUERTE Y LA APOTEOSIS

No dicen los cronistas de qué enfermedad murió Fray Andresito. Ni hace falta saberlo. Los hombres como este se mueren de deseo de morir, de cansancio de esta vida donde su ideal supremo no tiene posibilidad de realización. Vivir cincuenta años aspirando a una gloria inmortal que sólo puede alcanzarse cuando el cuerpo miserable quede enterrado y sea devorado por los gusanos, mientras el alma entra triunfal en la contemplación de la Belleza y la Bondad infinitas, es una tortura. Los padecimientos aceptados o buscados, las penitencias, las obras de misericordia, el cumplimiento del mandato de Cristo, la oración incesante, van desprendiendo al místico de toda ligadura terrestre y el deseo de partir es cada día más fuerte. Muere poco a poco el instinto humano de conservación.

Fray Andresito estaba ya agotado por sus ayunos, sus mortificaciones voluntarias, sus padecimientos de todo género. Había pensado tanto en la muerte y tenía tal fe en que la misericordia divina había de mirar en él la voluntad y la intención más que las obras; había dicho tantas veces y con tal fervor el versículo del De Profundis: «Si te fijas Señor, en mis iniquidades, Señor ¿quién resistirá?; pero en ti está el perdón y por sus promesas espero en tí, Señor». Y como en el salmo de David, podía el humilde lego decir que él había esperado en el Señor «desde el crepúsculo matutino hasta la noche» de su vida.

La noche se acercaba. Sabía Fray Andresito que al extinguirse el sol de esta vida, miles de soles de luz eterna brillarían para su alma purificada. Sentía venir la tarde sin temor, acaso con secreta complacencia. En su clarividencia hasta podía predecir, dice la leyenda, el día y la hora precisos de su tránsito a la otra existencia tan esperada.

Entre las varias predicciones de su propia muerte que se atribuyen a Fray Andresito es la más interesante la que refirió muchas veces el Dr. Lorenzo Sazié. Se puede suponer que un hombre tan sabio como virtuoso, ilustre profesor de medicina, no sería inclinado a alucinaciones, y su reputación de honestidad impide toda sospecha de invención. El Dr. Sazié, grande amigo de Fray Andresito, le había dicho alguna vez entre bromas y veras que a su muerte le dejara como legado el burdo bastón que usaba el limosnero. Un día vió entrar al lego que calladamente dejaba el bastón en un rincón de la pieza. El médico le llamó la atención, pero él insistió en irse sin recoger su cayado. Fué la última vez que lo vió el Dr. Sazié. Murió pocos días después.

Otro amigo del limosnero ha contado que cuando fué por última vez a recoger «la manda» que habían hecho en su casa, como lo observara decaído, le preguntó si estaba enfermo. Fray Andresito contestó en el tono cortado y sibilino que empleaba: «Si, ahí vendrán, ahí vendrán». Lo que se interpretó como que en adelante otros vendrían a recoger la limosna.

Sus hermanos del convento se dieron cuenta de que algo anormal ocurría al limosnero cuando el 9 de Enero de 1853 advirtieron que a las cinco v media de la mañana aun no estaba en pie. pues, de ordinario, a esa hora, ya había oído varias misas. Golpearon a su puerta para decirle que un enfermo mandaba por el agua que le había prometido para los ojos. Tardó en acudir v esto sorprendió aun más, pues siempre corría a servir a sus enfermos. Pero, al fin, salió v medio arrastrándose entregó el remedio v se encaminó al templo. Subió con gran trabajo las gradas; cuando quiso arrodillarse tuvo que apovar ambas manos en el suelo. Quedóse largo tiempo allí, en el sitio donde había gozado sus horas de comunicación con Dios y los santos, donde había hecho sus mortificaciones, presentado sus súplicas, pedido tanto por los pobres, los enfermos, los pecadores, las ánimas, donde había conversado familiarmente con Santa Filomena. Volvió a la celda con más fuerzas, pero ya no pudo salir más de ella. Lo vieron los médicos, lo encontraron con fiebre muy alta, y lo sangraron a la usanza de la época. El hermano enfermero pasó la noche a su lado.

A la noticia de la enfermedad de Fray Andresito Santiago se conmovió. Al convento llegaban como en una procesión interminable grupos de

obreros, mujeres del mercado, gentes pobrísimas de los conventillos más miserables, señoras aristocráticas que ocultaban mal bajo el manto negro su desolación al oír a los frailes que el Hermano Andrés García estaba muy mal, que Fray Andresito se moría.

Hubo quien le sugirió que rogara a Santa Filomena y consiguiera de ella su propia salud. Fray Andresito había ya abandonado este mundo, por lo menos en espíritu, y contestó misteriosamente: «Ya tengo hecho mi trato». No manifestaba interés alguno en los remedios que le daban. Mientras la comunidad de recoletos se agitaba en torno suvo, Fray Andresito estaba tranquilo. hundido en su meditación y hasta sonriente. Al Guardián del convento, que insistía en velarlo, le pidió que se retirara: «No moriré hasta dentro de algunos días», dijo. El miercoles de la semana en que murió, insistió en que se fuera y le dijo al oído: «No moriré hasta el viernes», y por último el jueves repitió lo mismo con mayor precisión: «No moriré hasta mañana, viernes, a eso de las ocho». Había hecho su trato para ese día, sin duda por ser el de la semana en que se conmemora especialmente la muerte de Jesús.

Al caer la tarde del jueves pidió perdón a los frailes reunidos de todas las ofensas que hubiera podido hacerles y de los malos ejemplos que hubiera dado. Los hermanos lloraban. Fray Andresito no tenía, según los testigos de la escena, un acento dramático o que revelara particular emoción. Villarroel, que ha contado la muerte con escrupulosos detalles, dice sólo que tenía un tono profundo de convencimiento. Así recibió los sacramentos y luego pidió un hábito que le serviría de mortaja y una sepultura. El Guardián le concedió estos favores y además le dió la profesión religiosa que no había pedido.

Cuando al anochecer del viernes y después de muchas horas en que parecía haber perdido el conocimiento, vieron que movía los labios, uno de los hermanos puso el oído cerca de los labios del moribundo y pudo percibir que murmuraba el Credo. Partía como los mártires del Circo Romano proclamando su fe, los dogmas que habían sido la impenetrable coraza de su espíritu. Se quedó muerto sin agonía, sin dolores, sin sacudidas. Se fué, y por largo rato después que había expirado los que lo rodeaban creyeron que dormía.

Si en vida tenía ya fama de santo y era popularísimo entre todas las clases sociales, su muerte determinó un movimiento general de dolor. Gente de toda especie invadía la Recoleta. En la plazuela y el pórtico hablaban de sus milagros, se repetían sus maravillas, unos lloraban, otros buscaban manera de asegurarse alguna reliquia del Siervo de Dios. Los periódicos de Santiago y de todo el país dieron cuenta de la muerte de Fray Andresito como de uno de los hombres más populares, más amados y que mayores servicios había hecho a los pobres, y los que sufren. Unos escribían ya la palabra santo. Otros, menos crédulos o más prudentes, sólo recordaban sus virtudes humanitarias, su inocencia y bondad. Pero se puede asegurar que hubo unanimidad para llorar a Fray Andresito.

Lo enterraron en el Cementerio privado que entonces tenía el Convento, entre las plantas que había amado y cerca de una acequia que las regaba. Fray Manuel de la Cruz Villarroel pronunció, después de la misa en el templo, un elogio fúnebre precursor del libro que más tarde escribiría sobre la vida del Siervo de Dios. El entusiasta amigo de Fray Andresito puso como

epígrafe a su discurso fúnebre un pasaje de las Memorias de Ultratumba de M. de Chateaubriand. El Padre Díaz, que le siguió en el uso de la palabra, lo llamó «fenómeno» «el astro más admirable que existía en nuestros días». Fray Bernardino Robles evocó a las parcas crueles. Otro hermano leyó unos versos. La comunidad atribulada volcaba sobre la tumba del humilde lego toda la literatura cursilona de la época. Y no lo hacían mejor los periodistas al esforzarse por reflejar el duelo público.

Lo que parece difícil de entender es cómo delante de esta aclamación de la santidad de Fray Andresito, convencidos los recoletos y muchísimos otros sacerdotes de que se había muerto un hombre extraordinario, que obraba milagros y recibía inspiraciones prodigiosas de Dios, no iniciaron pronto la documentación de los hechos de su vida. Sólo el Padre Pacheco atinó a guardar en un frasco la sangre de Fray Andresito que había recogido cuando los médicos lo sangraron. Y, por cierto, gran número de personas de todas las condiciones conservaron objetos que habían pertenecido al lego y aun algunos que éste había tocado, considerándolos como sagrados o poco menos.

Dos años después de la muerte, se resolvió exhumar los restos de Fray Andresito. La reconstrucción de los claustros obligaba a cambiar de sitio el panteón del convento. La ciudad de Santiago dió generosas limosnas para que las ceremonias de la traslación de los restos al templo de la Recoleta se hiciera con solemnidad inusitada. El pintor Cicarelli, director de la Escuela de Bellas Artes, dibujó y construyó en la nave central un catafalco que, según «El Mercurio», representaba las cuatro épocas del cristianismo, de acuerdo con las visiones de San Juan en el Apocalipsis.

El ataúd estaba podrido por la acción de la acequia vecina. Arrancaron las tablas sin necesidad de aflojar los tornillos enmohecidos. No exhalaba el cuerpo mal olor alguno, dicen los testigos que eran numerosos, pues había acudido muchísima gente a la ceremonia por invitación del Guardián del convento. Cubría el rostro del lego un moho obscuro, dice Villarroel que estaba presente, pero bien conservado. Así mismo todo el cuerpo. El hábito se desha-

cía por la humedad. Los dientes sanos del campesino de las Canarias brillaban en su boca. El pelo había desaparecido en gran parte. Uno de los asistentes a la exhumación tiró de una de las piernas, pero ésta se mantuvo firmemente unida al resto del cuerpo.

Hubo grande emoción. El cuerpo de Fray Andresito estaba milagrosamente conservado. Santiago se agitó de nuevo acaso más que en los días de la muerte. La autoridad eclesiástica intervino. El Arzobispo Valdivieso, poco amigo de milagrerías, nombró una comisión de hombres de ciencia para que examinaran el cuerpo de Fray Andresito. Fueron designados por decreto arzobispal «los profesores delegados universitarios don Ignacio Domeyko, Don Lorenzo Sazié, Don Juan Miquel, Don Carlos Segeth v Don José Vicente Bustillos» para que informaran en común o separadamente sobre las circunstancias y estado del cadáver y «las causas físicas que puedan influir en los fenómenos que observen»

Sólo concurrieron al examen del cadáver de Fray Andresito los señores Domeyko, Sazié y Bustillos, hombres de gran reputación científi-

ca v con altísima autoridad moral. El acta, firmada por los tres profesores, es muy sobria y precisa. Examinaron el terreno y declaran que no encuentran en su naturaleza arcillosa penetrada de la humedad de la acequia cosa alguna que haya podido influir en la conservación del cadáver. Describen el buen estado del cuerpo, el rostro con su color casi natural un poco obscurecido por el moho, el cuello y los brazos flexibles, el cutis conservado en parte, la cavidad abdominal que golpeada producía «un sonido claro como el de un viviente». Vieron también los restos del Padre Echanagucia exhumado del mismo sitio, junto al de Fray Andresito, después de 3 años de sepultación: estaba en «estado de deterioración bastante avanzada». Los señores Sazié y Bustillos examinaron también el cadáver del Padre Infante, exhumado de un sitio vecino después de siete años y declaran que se hallaba «en un estado de conservación notable, pero no en el grado en que hallamos el de Fray Andrés».

Ni la autoridad eclesiástica ni la Universidad volvieron a ocuparse de Fray Andrés. Se celebraron las exequias. Pronunció en ellas la Oración Fúnebre el Dr. Don Juan Francisco Meneses,

Arcediano de la Catedral de Santiago y Decano de la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile. El templo estaba lleno de un pueblo penetrado de intensa emoción religiosa. Habían venido todas las órdenes religiosas, el clero secular, los hombres públicos, las damas de la sociedad aristocrática, miembros del Congreso y de los Tribunales. Después se cantó un Responso compuesto especialmente para este acto por «un compatriota de Fray Andresito», dice la crónica. Y el cuerpo, encerrado esta vez en una buena urna, fué enterrado en la nave de la izquierda, junto al altar de Santa Filomena. Era tal vez una tumba tan gloriosa como en su humildad jamás la imaginó Fray Andresito. Al lado del altar de la virgen adorada. Acaso se realizaba su último ensueño, dormir en paz, esperando la resurrección de la carne, a la sombra de Filomena Virgen y Mártir, taumaturga que le había concedido tantos favores y por cuya intercesión había aliviado tantos dolores. Aguardar ahí la hora del triunfo final, cuando al llamado de la trompeta del angel la celeste aparición, que tantas veces había entrevisto en sus éxtasis, lo cubriera con su sombra protectora y lo llevara a la diestra del Padre.

Pero la Iglesia Católica tiene en materia de santidades y de milagros una invariable tradición de prudencia y desconfianza. No se deja invadir por el entusiasmo de las multitudes que proclaman un santo y refieren un hecho maravilloso. Deja pasar los años. Investiga con espíritu más bien escéptico que crédulo, Prohibe que se dé a personas no reconocidas como santos por su autoridad suprema el culto público.

Así fué que, mientras crecía la fama de Fray Andresito y llegaban al convento de la Recoleta limosnas considerables de «mandas» hechas al célebre limosnero, y se contaban curaciones realizadas con tierra de su sepulcro, con un fragmento de su hábito, con un objeto que le había pertenecido, hasta con su simple imagen, como una que declaró con su firma el célebre político y escritor Don Carlos Walker Martínez, la Iglesia calló sobre Fray Andresito y ni aun la comunidad de la Recoleta hizo cosa alguna durante muchos años para obtener siquiera testimonios auténticos de los milagros que se le atribuían.

Sólo en Julio de 1892 el Padre Francisco Pacheco, que había sido confesor de Fray Andresito. convocó al convento a unas treinta personas de notoriedad social muchas, algunos sacerdotes eminentes, otros políticos conocidos o profesionales. Les presentó un frasco que según declaró bajo juramento, «in verbo sacerdotis», ante el Guardián del convento, contenía la sangre de Fray Andresito recogida por él en ese frasco cuando los médicos lo sangraron en su última enfermedad. Juró también que jamás había sido tocado el frasco por persona alguna, ni removido el corcho que lo cerraba. La sangre estaba líquida. Así lo atestiguaron los presentes firmando un acta que autorizó el notario Don Mariano Melo Egaña. Entre las firmas del acta hallamos la de Don Crescente Errázuriz, (entonces Fray Raimundo) el Dr. Eleodoro Fontecilla que asistió a Fray Andresito en su enfermedad, Don Carlos Walker Martínez, Don Ventura Blanco Viel, el Presidente de la Corte Suprema Don Carlos Risopatrón y muchos otros. El frasco fué sellado por el notario y unida al frasco, bajo el sello, quedó el acta.

Por fin, en 1893, cuarenta años después de su

muerte, se inició el proceso de beatificación y canonización de Fray Andresito García. El General de la Orden nombró Vice-Postulador en conformidad a los cánones al Padre Uteau, autor de un libro sobre Fray Andrés. El Arzobispo de Santiago, Monseñor Mariano Casanova, designó los miembros del Tribunal que debía iniciar el proceso. Se overon por primera vez en Chile los términos canónicos de uso en estos actos. Se anunció en los periódicos que el Tribunal llamaría a las personas que podían declarar en la causa. Se celebraron nuevas exequias aun más solemnes que las otras y «El Ferrocarril», el gran diario liberal de la época, las describió pomposamente y contó que «era tal la afluencia de gente apiñada a las puertas de la iglesia y que esperaba ansiosa poder tener acceso, que se hizo necesario, para evitar desórdenes y las consecuencias de una aglomeración, pedir tropa del 4.º de línea y de policía». Desde las siete de la mañana el público esperaba que abrieran el templo. Presidió el Arzobispo, hubo gran orquesta y pronunció la oración fúnebre Don Ramón Angel Jara entonces en el zenit de su fama de orador sagrado.

Se recibieron en el proceso numerosos testimonios juramentados. El Tribunal celebró varias sesiones. Con los años sus miembros primitivos han fallecido y han sido poco a poco reemplazados por otros. La última noticia que tenemos del proceso es que en 1926 el Tribunal presidido por el Vicario Monseñor Miguel Miller, «despachó algunas diligencias exigidas por la Sagrada Congregación de Ritos», dice el Padre Bustos en su libro. Lo que prueba la continuación del proceso en Roma donde estas encuestas son muy lentas, de tramitaciones escrupulosas y dominadas por un sano escepticismo. El Padre Bustos agrega en su edición de 1929 que «el proceso ha seguido su trámite ordinario y hasta ahora camina viento en popa».

De todo esto poca cuenta se ha dado el pueblo que sigue creyendo en Fray Andresito con más fervor que antes. Su nombre es venerado en toda la República. Se han multiplicado sus retratos litográficos y las medallas con su efigie y las ediciones de los libros sobre su vida. Todos los días y en particular los festivos hay gente arrodillada en torno de su nueva tumba, sarcófago de mármol que reemplazó a la modesta sepultura anterior.

Acude mucha gente a pagar mandas en la portería del convento, a llevar limosnas para los gastos del proceso de beatificación o para Santa Filomena. Su retrato está en todos los hogares pobres donde le encienden velas y le dedican flores. Y hasta en los automóviles de servicio público de Santiago se suele ver, en vez de San Cristóbal, santo extranjero y remoto que la Europa nos impuso como patrono de los automovilistas, una gruesa medalla de Fray Andresito, santo chileno o nacionalizado, chileno para la inmensa mayoría que ignora su nacimiento en las Canarias.

INVOCACION

Hermano Andrés, hijo del pueblo, que labraste con tus manos la tierra y amaste al pueblo y tuviste piedad de su miseria, que era la tuya, y curaste sus dolores y consolaste sus angustias; Hermano Andrés que viviste solo trece de tus cincuenta y tres años en Chile, pero amabas esta tierra y por amor suyo caminaste con los pies desnudos en el polvo y los guijarros; Hermano Andrés, que leías en las almas y tenías la visión del futuro: Teólogos y Pontífices callan todavía prudentes y desconfiados, pero tus hermanos del pueblo ya te han canonizado; para ellos eres santo y no aguardarán declaraciones para amarte e invocarte.

Si Francisco de Asis te hubiera encontrado, tú lo hubieras seguido por sus campos de la Umbría, y acaso te hubiera tocado en suerte oír su discurso sublime sobre la alegría de padecer y su cántico al sol y a todos las criaturas de Dios, y contigo hubiera partido los mendrugos de pan junto a la fuente de agua clara, sobre la mesa de una piedra, bajo la tienda de los árboles.

Tu leyenda semejante a las de oro de otros siglos, no es ya de este tiempo. Sélo los humildes y los que sufren la entienden. Esos mismos que siguieron a Jesús y recibieron en sus almas simples el Evangelio liberador, la enseñanza de amor.

Tu leyenda iluminó mi niñez. Oí que te recordaban los que te habían conocido y creían en tí. Y la recojo en mi vejez para vivirla un poco, y me separo de ella en esta página postrera con la melancolía del que ha llevado flores a una tumba donde yacen tantas bellas cosas olvidadas, tantas ternuras marchitas, tanta fe, tanto amor a la humanidad en Cristo, tanta esperanza.

FIN

BIBLIOTECA NACIONA SECCION CONTROL

INDICE

	Págs.
Advertencia	5
La tradición	7
El Pastor de Fuerteventura	17
Emigrante	33
Vida atormentada e incierta	41
Por el Cabo de Hornos	57
La Recoleta restaurada	63
El limosnero.	73
Al encuentro del dolor	89
La aristocracia devota	103
El humilde instrumento	117
El velo descorrido	131
Santa Filomena	145
Por las benditas ánimas.	157
La muerte y la apoteósis	167
Invocación.	185

